

21895

N.º 509

12 Junio 59.



EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL DIFUNTO LEONARDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



Handwritten blue ink scribbles and a large 'X' mark are present over the engraving and the text below it.

Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.



L47 - 5132

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.	Motril.....	Ballesteros.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos	Mondoñedo.....	Delgado.
Algeciras.....	Joarizti.	Orense.....	Robles.
Alicante.....	Ibarra.	Oviedo.....	Palacio.
Almería.....	Alvarez.	Osuna.....	Montero.
Aranjuez.....	Prado.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Avila.....	Garces.	Palma.....	Gelabert.
Badajoz.....	Martinez y Rino.	Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Barcelona.....	Mayol.	Pontevedra.....	Aspa.
Bilbao.....	Astuy.	Puerto de Santa	
Burgos.....	Hervias.	Maria.....	Gobantes.
Cáceres.....	Valiente.	Puerto-Rico. (Ma-	
Cádiz.....	V. de Moraleda.	yagües).....	Mestre y Tomás.
Córdoba.....	Lozano.	Reus.....	Prins.
Cuenca.....	Mariana.	Ronda.....	Gutierrez.
Castellon.....	Carratalá.	Santlúcar.....	Esper.
Ciudad-Real....	Arellano.	S. Fernando....	Meneses.
Coruña.....	Lago.	Sta. Cruz de Te-	
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	nerife.....	Ramirez.
Chiclana.....	Julian.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	Garcia.	Santiago.....	Escribano.
Figueras.....	Conte Lacoste.	Soria.....	Perez Rioja.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Alonso.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	S. Sebastian....	Garralda.
Granada.....	Zamora.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Guadalajara....	Oñana.	Salamanca.....	Huebra.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Segorbe.....	Mengor.
Haro.....	Quintana.	Tarragona.....	Pujol.
Huelva.....	Osorno é hijo.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Toledo.....	Hernandez.
Jaen.....	Hidalgo.	Teruel.....	Baquedano.
Jerez.....	Alvarez Aranda.	Tuy.....	Martinez de la
Leon.....	Viuda de Miñon.	Cruz.	
Lérida.....	Blanco.	Talavera.....	Castro (Schez.).
Lugo.....	Viuda de Pujol y	Valencia.....	Móles.
Hermano.	Hermano.	Valladolid.....	Hernainz.
Lorca.....	Gomez.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Villanueva y Gel-	
Loja.....	Cano.	trú.....	Bertran y Creus.
Málaga.....	Cañavatte.	Ubeda.....	Treviño.
Mataró.....	Abadal.	Zamora.....	Calamita.
Murcia.....	Herederos de An-	Zaragoza.....	V. Andrés.
drion.	drion.		

L47-5132

EL DIFUNTO LEONARDO.

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

DE MR. SCHREYER Y BERTON.

TRADUCIDA Y ADAPTADA

EL DIFUNTO LEONARDO.

Representada por primera vez en el teatro del Circo de Madrid en 1898.

59-55

EL DIENITO LEONARDO

EL DIFUNTO LEONARDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE MM. SCRIBE Y POTRON;

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON JOSÉ DE OLONA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo de Madrid, en Mayo de 1858.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

PERSONAJES.

ACTORES.

LEONARDO DUCLÓS.....	D. JULIAN ROMEA.
FONVIEL (notario).....	D. ENRIQUE ARJONA.
JACINTO BROTON (su primer pasante).....	D. MARIANO FERNANDEZ.
ROBERTO	D. FLORENCIO ROMEA.
LIONEL	D. RICARDO MORALES.
VARIOS INVITADOS.....	» » »
UN CRIADO.....	» » »
LUISA (hija de Fonviel).....	D. ^a AMALIA GUTIERREZ.
LA BARONESA DE ARMAN..	D. ^a CARMEN CARRASCO.

Representada por primera vez en el teatro de Madrid, en Mayo
de 1858.

La accion tiene lugar en una casa de campo, á los alrededores de Rouen.—1858.

La traduccion de esta comedia ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de sus autores, segun lo dispone el art. 4.º del convenio sobre propiedad literaria, celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece exclusivamente á su traductor, que perseguirá ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera traduccion de la misma; asi como al que la reimprima la presente, varíe el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreglo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.

Los corresponsales del Sr. D. Prudencio de Regoyos, editor de la Galeria lirico-dramática EL MUSEO LITERARIO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardín. Un pabellon á la derecha, otro á la izquierda, en el segundo término. En el primero, un velador á cada lado: sillas rústicas.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y FONVIEL. *Al levantarse el telon Fonviel está sentado junto al velador de la derecha, y tiene un papel en la mano Luisa está de piés á su lado.*

LUISA. Si, papá, teneis razon... pero...

FONV. Pero no la tengo. Es decir que yo, notario imperial, *(Mostrando el papel que tiene en la mano.)* no podré presentar una demanda contra la compañía del ferro-carril, que por su abandono...

LUISA. Os aseguro que cuando ibais á pasar la via, os gritó uno de los empleados: «no se puede pasar!»

FONV. Sí... de un modo tan grosero, que me fui á él con intenciones...

LUISA. *(Interrumpiéndole.)* De haceros matar... pues que otro tren llegaba en aquel momento. Yo di un grito de terror...

FONV. Qué me turbó completamente...

LUISA. Y no supisteis si ir adelante ó retroceder. La locomotiva avanzaba sin cesar, y vos permaneciais inmóvil.

- Un jóven, un viajero, que estaba á vuestro lado se apresuró entonces...
- FONV. A sacudirme en la espalda un puñetazo horrible...
- LUISA. Que obligándoos á pasar al otro lado de la via...
- FONV. Me hizo caer de boca...
- LUISA. Y os salvó la vida.
- FONV. ¡Rompiéndome un diente!
- LUISA. Pero pues que al fin os veis sano y salvo ¿qué importa?..
- FONV. ¿Cómo qué?.. La compañía me debe una indemnización... por el diente.
- LUISA. No digo que no; pero yo en vuestro lugar haria... lo que ya hice cuando os vi fuera de peligro; olvidarlo todo; hasta tal punto, que al ver á vuestro salvador, no pude contener mi alegría y le di un abrazo... de reconocimiento.
- FONV. (*Levantándose y pasando á la izquierda.*) ¡Cómo se entiende, señorita! ¿Conque mientras que vuestro padre está desmayado... os permitis abrazar á un guapo jóven?.. porque ese jóven lo es, ó á lo menos...
- LUISA. (*Bajando la vista.*) Yo no me apercibí de ello hasta despues.
- FONV. Si yo lo hubiera sabido, en vez de haberme apresurado á recibirlo aqui, en mi propia quinta, como desgraciadamente le hecho...
- LUISA. ¿Podiais obrar de otro modo? Por gratitud, lo primero... y despues porque al ayudar á trasportaros desde el camino de hierro hasta aqui, sufrió el pobrecito una dislocacion en un pié... bastante grave por cierto. No era posible negarle la hospitalidad.
- FONV. Sin duda; pero ya van ocho días que su pié está enteramente bueno, y no se aprovecha de ello para marcharse.
- LUISA. Acaso no se atreva... por temor de disgustaros. Creerá sin duda en vuestro reconocimiento...
- FONV. ¡Mi reconocimiento!.. ¡mi recono.! ya se vé que se lo tengo, y mucho; aunque me resiento todavia... (*Levándose la mano á la espalda.*) Pero no se establece uno así, á pupilo perpétuo, en casa de las gentes que tienen hijas de diez y ocho años. Un forastero... un desconocido... Y si no, tú que eres quien le hablas mas á menudo ¿qué sabes de él?

- LUISA. Nada.
- FONV. A mí me ha dicho que se llama Bertran.
- LUISA. Porque es su nombre probablemente.
- FONV. ¡El señor Bertran! ¡Qué nombre tan feo!
- LUISA. Todo el mundo no puede llamarse Fonviel, como vos.
- FONV. Yo conocí, hace veinte años, un cierto Bertran, muy mala cabeza.
- LUISA. *(Sonriendo.)* ¿Quereis probarme con eso que todos los Bertranes son lo mismo?
- FONV. Quizás este sea algún pariente suyo.
- LUISA. Pues no lo parece, porque tiene muy buenas maneras, habla muy bien y toca primorosamente el piano.
- FONV. Es posible... pero ¿por qué estaba allí, solo, en el camino de hierro?
- LUISA. Para salvaros.
- FONV. *(Impaciente.)* ¡Dale! Pero un viajero que no tiene saco de noche, ni maleta, ni caja de ninguna clase... ¿te parece eso claro? ¿De dónde viene? ¿Adónde va?
- LUISA. Lo ignoro... *(Sonriéndose.)* pero no parece impaciente por llegar. *(Sale un criado por el pabellón de la izquierda con una gran bandeja, sobre la cual viene servido el desayuno, y la coloca en el velador.)*
- FONV. Ahí está el mal...
- LUISA. No, papá; lo que está aquí es el desayuno. Será necesario avisarle al señor Bertran.
- FONV. He dicho que le sirvan en su mismo cuarto: él lo prefiera así...
- LUISA. ¡Ah!... ¿creeis que él?... *(Se sientan junto al velador, y Fonviel come al mismo tiempo que habla con Luisa.)*
- FONV. Escúchame con atención, Luisa. No ignoras que nosotros hemos sido siempre, de padres á hijos, notarios reales, imperiales... de la república... etc., establecidos en Rouen. Tu nacimiento ha venido á interrumpir el notariado en la familia de Fonviel; y á fin de restablecer las cosas en su estado natural y normal, hasta donde es ya posible, he deseado siempre, tú lo sabes bien, casarte con un notario de nuestra ciudad.
- LUISA. ¿He opuesto alguna vez la menor resistencia á vuestras voluntades?
- FONV. No; pero observo que no tienes esa vocacion, ese fervor que tendrías, si nunca te hubieras separado de mí. Pero quedé viudo, no podia criarte en mi escribanía...

- y fué preciso enviarte á un colegio.
- LUISA. Al lado de una excelente directora.
- FONV. No digo lo contrario; pero te ha educado á la moderna, mientras que yo continúo siendo el notario de los buenos tiempos... de los antiguos usos, el notario clásico. Veo á mi alrededor una generacion nueva, que camina con una rapidez maravillosa...
- LUISA. (*Interrumpiéndole.*) Al vapor, ¿no es esto? Y sin embargo, mientras el siglo corre en camino de hierro, vos echais de menos la silla de mano y la diligencia.
- FONV. Era más lento... (*Llevándose la mano á la espalda.*) pero mas seguro.
- LUISA. (*Sonriendo.*) Lo mismo que cuando se trata de bailes, empezando por el de la prefectura, adonde debeis llevarme esta noche: preferis la grave y ceremoniosa contradanza al wals á dos tiempos, á la mazourka...
- FONV. Era tambien mucho mas seguro.
- LUISA. Tranquilizaos, padre mio: andar deprisa no se opone á andar recto; y en el mundo, donde he entrado apenas, tengo un medio seguro de no extraviarme jamás: llevaros siempre por guía. Confiad, pues, en vuestra hija, y creed que una felicidad que no fuese tal para vos, no lo sería tampoco para ella. (*Se levanta.*)
- FONV. Si, si, te creo... (*Se levanta tambien. El criado vuelve á salir y se lleva la bandeja.*) y estoy tranquilo, completamente tranquilo, por lo que hace á mi misterioso liberador.
- LUISA. Asi me gusta.
- FONV. Sin embargo... preferiria que se marchara.
- LUISA. ¿Por qué no se lo decis?
- FONV. En mi posicion... es tan difícil... En vez que si la indicacion partiera de tí...
- LUISA. Eso sería darle á entender que le tengo miedo.
- FONV. Es verdad. Aunque bien mirado, siendo tú quien todo lo dispone en casa...
- LUISA. Silencio... Hélo aquí.
 (*Leonardo viene por el fondo izquierda con un papel en la mano.*)

ESCENA II.

DICHOS y LEONARDO, bajo el nombre de Bertran.

- FONV. (*Bajo á Luisa.*) Observa qué aire tan preocupado y tan...
¡Mal signo! Eso prueba...
- LUISA. Que reflexiona.
- FONV. ¿Te se figura á tí?...
- LEON. (*Reparando en ellos.*) ¡Ah!... ¡Sois vos, señor Fonviel!
(*Saluda respetuosamente á Luisa.*)
- FONV. El mismo, amigo mío. ¿Cómo os encontráis hoy de salud?
- LEON. Perfectamente. En esta deliciosa quinta...
- LUISA. (*Ap. á Fonviel.*) Ya veis que os elogia...
- LEON. (*Continuando.*) ¡El aire es tan puro!...
- FONV. Un poco húmedo... La proximidad del río...
- LEON. Es justamente lo que le da el encanto. Reina una frescura... hay una vegetación... que hacen de este lugar el retiro más encantador...
- FONV. Sí, el retiro; justo: esa es la palabra... y por eso tememos á menudo que la soledad os sea insoportable.
- LEON. Al contrario: la tranquilidad, el sosiego de que se disfruta... y sobre todo la acogida que me habeis dispensado, me hacen mucho bien, os lo juro.
- FONV. Sois muy amable... ¡demasiado amable!... (*Bajo á Luisa.*) Ayúdame. (*Alto.*) Pero mientras mayor es nuestro placer en teneros á nuestro lado... mas comprendemos tambien la inquietud de vuestra familia... de vuestra querida familia...
- LEON. Yo no tengo familia.
- FONV. ¡Eh!... No... quise decir, de vuestros amigos.
- LEON. (*Sonriendo.*) Lo cual es muy diferente. (*Cambiando de tono.*) Pero tampoco los tengo. Los he perdido todos.
- LUISA. (*Ap.*) ¡Pobre joven!
- FONV. Hay posiciones en el mundo que nos permiten podernos dispensar... Cuando se ejerce un empleo... un cargo...
- LEON. Jamás he ejercido ninguno.
- FONV. En ese caso vuestra fortuna es tal, que la administración de vuestros bienes basta para... y como este es un cuidado...
- LEON. Del que no me ocupo nunca.

- FONV. Teneis un intendente...
- LEON. Mejor que eso: no tengo nada.
- FONV. ¿Eh? ¡Nada! (*Bajo á Luisa.*) ¡No tiene nada!
- LUISA. (*Bajo á Fonviel.*) Excepto franqueza.
- FONV. (*Id.*) ¿Cuáles son entonces sus medios de existencia?
(*A Leonardo, que se acerca á Luisa y le ofrece el papel que tiene en la mano.*) ¿Qué papel es ese?
- LEON. Es una copia de música, que habia ofrecido á esta señorita...
- LUISA. (*Yendo á él.*) Los Lanceros... ¿es verdad?
- FONV. ¡Eh! ¡Los Lanceros!...
- LUISA. Si, papá: un baile muy de moda en Paris y desconocido todavia en provincia. Probablemente se bailará esta noche en la prefectura, y como este caballero sabe todas las figuras, se ha brindado á enseñárnoslo esta mañana á mí y á mi prima, que va á venir para dar leccion.
- FONV. (*Sentándose con cierto mal humor.*) Es increíble cómo las jóvenes del dia gustan del baile.
- LUISA. (*Pausadamente y con cariño.*) Sí, de noche. ¿Pero les impide eso el que por la mañana se ocupen de los deberes de su casa? ¿Les impide querer mucho á su padre, y velar por su salud y por su ventura? ¿Sacrificarle todos sus gustos... hasta un baile, si es preciso? (*Apoyándose con coquetería en el hombro de Fonviel, que permanece sentado.*) Nos quedaremos en casa esta noche, ¿no es cierto?
- FONV. Si... si... (*Se levanta.*) Es decir, no. Lo primero para mí es verte contenta, verte bella.
- LUISA. Entonces será por daros gusto.
- FONV. Si. (*Con cariño.*)
- LUISA. ¿Vos lo exigis?
- FONV. Si. (*Lo mismo.*)
- LUISA. ¿Vos lo?...
- CRIADO. (*Anunciando.*) La señorita Blanca... Y estas dos cartas para el amo.
- LUISA. (*A Leonardo.*) ¡Ah! Mi prima.
- LEON. Estoy á vuestras órdenes.
- LUISA. Corro á recibirla.
- FONV. (*Llamando á Luisa, que se marcha.*) Luisa... Luisa.. No sabes que he olvidado mis gafas. Quédate y léeme estas cartas.

- LUISA. (*Mirando el sello.*) Un sello con armas y blasones. Es de algun alto personaje, sin duda. (*A Leonardo enseñándole el sello.*) ¿Conoceriais vos?..
- LEON. ¿Yo, señorita? Yo no conozco á nadie en el mundo.
- LUISA. (*Leyendo para sí.*) Es de un cliente que llega de Paris... No ha encontrado á mi padre en Rouen... y le pide una entrevista para tratar de un negocio importante... La Baronesa de Arman.
- LEON. (*¡Cielos!*) (*Levantándose con viveza.*) Una viuda jóven, rica, bella, elegante, y que entiende los negocios mejor que un abogado, ó que un agente de cambio.
- FONV. Pues no sé quién es.
- LUISA. (*A Leonardo.*) ¿La conoceis?
- LEON. No; pero he oido hablar de ella. (*Se retira hácia la izquierda, y parece inquieto.*)
- FONV. Le contestaré. ¿Y la otra carta?
- LUISA. Es de Jacinto, vuestro primer pasante.
- FONV. ¡El bueno de Broton!...
- LEON. (*Dando un grito.*) ¡¡Broton!!
- FONV. ¡Eh! (*Leve exclamación.*)
- LUISA. ¡Ah! (*Id.*)
- FONV. ¿Qué os ha dado?
- LEON. ¿Jacinto Broton? ¿Un jóven de la Rochela?..
- FONV. Precisamente.
- LEON. Activo, trabajador, bueno, y contento siempre de todo?..
- LUISA. (*Con viveza.*) ¿Le conoceis?
- LEON. (*Dominándose.*) ¡No! De oidas solamente.
- LUISA. ¿En qué quedamos? No conoceis á nadie... y dais señas de todo el mundo?
- FONV. (*A Luisa, que continua leyendo la carta.*) Espero que no prolongará su ausencia... porque con esto de conducir tambien los negocios al vapor, han logrado trastornarme hasta tal punto, que me veo perdido cuando me falta mi primer pasante.
- LUISA. Tranquilizaos, porque os anuncia que llegará hoy mismo.
- FONV. ¡Victor!
- LEON. ¿Hoy mismo, decis?..
- LUISA. ¿Qué os importa... pues que no le conoceis?
- LEON. Teneis razon.
- LUISA. Mi prima nos espera.

LEON. Cuando gustéis. (*Luisa le dá la mano á su padre: Leonardo lo saluda y vánse ambos por la derecha.*)

ESCENA III.

FONVIEL.

Bailad en buen hora... no me opongo: pero mi hija no será nunca tu mujer. ¡Sin posicion!... ¡sin bienes!... ¡Ah! Si Jacinto, mi primer pasante, tuviera una fortuna... él, que entiende tan bien los clientes del nuevo régimen! (*Escuchando.*) ¿Eh? Un coche ha entrado en el portal. ¿Será por ventura?..

ESCENA IV.

FONVIEL y la BARONESA.

BAR. (*Dentro, en el fondo.*) No es necesario. Me anunciaré yo misma.

FONV. ¡Una linda dama!

BAR. (*Entrando.*) ¿El señor Fonviel?

FONV. Servidor.

BAR. Yo soy la Baronesa de Arman, que no ha podido esperar vuestra respuesta. He hecho mi viaje de Londres á Paris, y de Paris á Rouen en veinte horas. Me informo de que os hallais en vuestra quinta... y héme aquí.

FONV. ¡Pero debeis estar muy cansada! (*Va á ofrecerla una silla.*)

BAR. Nada de eso. Vamos á lo que importa.

FONV. (*Interrumpiéndola.*) Me felicito de la buena fortuna que me procura un cliente tan bella como vos.

BAR. ¡Oh!.. por favor... nada de cumplimientos.

FONV. ¿Eso lastima vuestra modestia?

BAR. No, pero eso hace perder tiempo... y el tiempo tiene un valor.

FONV. ¡Ah! ¡ya!..

BAR. Vais á verlo. He estado en vuestro despacho: no os hablabais en él, ni vuestro primer pasante tampoco; y mientras que el segundo recogia varios informes que me son necesarios, hice venir un agente de cambio para tratar con él algunas operaciones sobre caminos de

- hierro.
- FONV. ¡(Atónito.) ¡Ah!..
- BAR. Los romanos no adelantan, los austriacos retroceden, y los Victor-Emmanuel se reponen... Hay poco que hacer, á menos que no conozcais algun negocio nuevo en este país.
- FONV. ¡Yo! ¡Cuando estoy admirando la inmensidad y la variedad de vuestros conocimientos! Vos, jóven y bella!.. Perdonad; eso hace perder el tiempo.
- BAR. Y no tenemos mucho de que disponer. Sentémonos, si gustais. (*Lo hacen.*) Hé aqui, caballero, lo que me trae á vuestra casa. En estas cercanias se encuentran las tierras de Longueville.
- FONV. Efectivamente, señora Baronesa. (*Ap.*) En fin, ya logro verme en mi terreno. (*Alto.*) Si, señora Baronesa; ¡una magnífica propiedad!..
- BAR. Mil quinientas fanegas; prado, bosque, frutales... pero necesita mucho cultivo. Las tierras de sembrado y los frutales estan arrendadas á un tal Francisco Contier, á quien seria necesario expulsar: un normando que pleitearia, pero que cederia, mediante una buena indemnizacion.
- FONV. ¡Ah! ¿Creeis?..
- BAR. Estoy segura de ello. Las dichas tierras, arrendadas á setenta francos la hectárea, sin la contribucion, producirian anualmente veinticuatro mil francos: cincuenta mil francos en total, que capitalizados á tres y medio por ciento, darian á esa propiedad un valor, aproximadamente, de un millon ciento cuarenta mil francos... Conque, si quereis darme algunos informes sobre esa propiedad... mi visita no tiene otro objeto.
- FONV. Pero, señora Baronesa, si yo necesitara pedirlos, seria á vos á quien me dirigiria. ¡Estoy maravillado!..
- BAR. Hablé de este negocio con uno de los ministros, amigo mio, y en seguida convine con la sociedad mercantil!..
- FONV. ¿Cómo! ¿Tambien?..
- BAR. Veo que no conoceis la influencia de las mujeres. Vos mismo, hace un instante, sin conocerme, empezasteis por dirigirme galanterias; y ha estado en un tris que no me hayais hecho la corte... vos, notario imperial.
- FONV. (*Sonriendo.*) ¡Jhée! ¡jhée!.. no digo que no.
- BAR. Hubierais hecho mal. Soy muy franca, y como no ten-

- go interés en seduciros... (*Levantándose.*) Pero volviendo á las tierras de Longueville; parece que el propietario es vuestro cliente?
- FONV. (*Levantándose.*) Si, señora: es un anciano de ochenta y dos años...
- BAR. (*Interrumpiéndole.*) ¿Cuánto quiere por su propiedad?
- FONV. No la vende.
- BAR. Eso es otra cosa. ¿Cuánto vale, segun vuestra apreciacion?
- FONV. Vos lo habeis dicho; un millon ciento treinta ó ciento cuarenta mil francos.
- BAR. (*Confidencialmente.*) Daremos ciento sesenta mil.
- FONV. De ningun modo. Desde el momento que me haceis el honor de ser mi cliente, debo defender vuestros intereses, y deciros que es demasiado...
- BAR. Mil gracias: pero me es igual; y cuando yo haya visto al propietario...
- FONV. No recibe, no quiere ver á nadie: la gota lo tiene pos-trado, y ayer he sabido que se ha agravado extraordinariamente.
- BAR. Ese es un detalle; y aqui se trata de un negocio.
- FONV. Si, pero él no quiere oír hablar de negocios: y me ha encargado á mí, su antiguo amigo y su notario, la absoluta administracion de todos sus bienes.
- BAR. ¡Ah!... ¿Es con vos con quien?... Pues hablemos del negocio.
- FONV. Hablemos.
- BAR. ¿Decíamos, un millon ciento cincuenta mil francos?
- FONV. Y yo decia que rehusabamos.
- BAR. Trescientos mil. ¿Quiénes son sus herederos?
- FONV. Dos colaterales muy lejanos. Pero eso no es del caso: él no quiere vender.
- BAR. Dos millones.
- FONV. ¿Dos millones!! (*En el colmo de la admiracion.*)
- BAR. Dos millones.
- FONV. Permitid, permitid... Yo no he visto nunca tratar los negocios de esta suerte, y necesito examinar...
- BAR. Sin examen... inmediatamente.
- FONV. Es preciso sin embargo que yo escriba... que consulte...
- BAR. Os lo repito, ¿sí ó no? Convenido esta noche, firmado mañana... ó nada.

- FONV. Pero señora...
- BAR. Pero caballero... Y no olvideis que tenemos la ley de expropiacion.
- FONV. Luego se trata de alguna cosa...
- BAR. Se trata de que vuestro cliente os ha dado una procuracion general, y que si no vendeis, si dejais pasar tan buena ocasion, sois un mal administrador.
- FONV. ¡Yé!...
- BAR. Un infiel mandatario...
- FONV. ¡Yo!... ¡Hay para perder la cabeza! ¡Y Jacinto, que no parece! (*Jacinto aparece en este momento en el fondo.*)

ESCENA V.

FONVIEL, la BARONESA y JACINTO.

- JAC. Aqui estamos todos.
- FONV. (*Yendo á él.*) ¡Jacinto!
- JAC. ¿Cómo vá esa salud?
- FONV. ¡Si supieras con cuánta impaciencia te esperaba!
- JAC. A haberlo yo adivinado, hubiera venido por el telégrafo.
- FONV. ¿No sabes lo que pasa? Tal vez no lo creas. Ya conoces las tierras de Longueville, que valen poco mas de un millon; pues la señora Baronesa de Arman, (*Presentándosela, Jacinto la saluda.*) viene expresamente desde Londres...
- BAR. A ofrecer dos... con la condicion de terminar el negocio sobre la marcha.
- JAC. (*Con frialdad*) Perfectamente. ¿Y qué?
- FONV. ¡Cómo! ¿Eso no te maravilla? ¿No te?..
- JAC. ¿A mí? ¡que vengo de Paris, donde he visto mayores prodigios! Entre otros, vender un barrio entero en media hora, derribarlo en un dia, para que esté reedificado y habitado dentro de un mes.
- FONV. ¡Demonio! ¿Y los reumatismos?...
- JAC. Sin garantía del gobierno.
- FONV. ¿Es decir que encuentras la proposicion?...
- JAC. Natural y sencilla.
- BAR. He aqui un jóven que entiende los negocios.
- FONV. ¿Y la crees ventajosa para mi cliente?
- JAC. Al contrario: la creo fatal.

- BAR. } ¡Cómo!
- FONV. }
 JAC. Cuando la señora Baronesa viene desde Londres á ofrecer dos millones, puede asegurarse que las tierras de Longueville valen tres.
- BAR. ¡Eh! ¿Pensais?..
- JAC. Es evidente: de lo contrario no sería una especulación. Y yo, que no conozco nada de este asunto, aseguro desde luego que es un negocio soberbio. Por lo tanto, y como nosotros velamos por los intereses de nuestro poderdante, dareis, señora, dos millones quinientos mil francos... (*Movimiento de la Baronesa.*)
- FONV. ¿Eh?
- JAC. Y el negocio queda terminado en el acto.
- BAR. ¡Una cantidad tan considerable!..
- JAC. Mayor será el número de las acciones y de los intereses.
- BAR. ¿Y cuándo se extenderá el contrato?
- JAC. Sobre la marcha.
- FONV. ¡Pero Jacinto!..
- JAC. Dos millones quinientos mil francos... sin contar los gastos de escritura, registros, etc., etc., ni los mil escudos que la señora Baronesa regala al estudio del notario.
- FONV. ¡Yo pierdo la cabeza!
- JAC. (*A Fonviel.*) Ya os he dicho que vengo de Paris, y quiero que mis compañeros se aperciban de ello.
- BAR. El contrato ha de quedar mañana á mas tardar en mi poder.
- JAC. No transcurrirá la noche... (*Llamando.*) ¡Hola! ¡José! (*El criado aparece*) Que avisen al oficial...
- BAR. Ya está avisado...
- JAC. ¡Cómo!
- BAR. Y llegará por el tren directo.
- FONV. ¡Parecen dos máquinas de vapor!
- JAC. (*A Fonviel.*) Ya lo veis, vuestro estudio está conmovido por su base. ¿Qué decis de esto?
- FONV. Digo, que por muy bueno que sea el negocio, quiero consultárselo antes á mi cliente.
- JAC. Ya se le consultará despues.
- FONV. Prefiero hacerlo antes.
- JAC. Si eso es todo, mientras se redacta el contrato tendre-

- mos su contestacion.
- FONV. ¿Estás en tu juicio? La diligencia no sale hasta mañana...
- JAC. ¿Pero y el telégrafo?.. Yo me encargo de todo. (*Pasa al lado de la Baronesa.*)
- FONV. (*Ap., contemplándolo.*) ¡Es el génio! ¡el espíritu encarnado de la notaría!

ESCENA VI.

DICHOS y LUISA, que viene corriendo y muy contenta.

- LUISA. (*Dirigiéndose á Fonviel, sin reparar en los otros personajes.*) ¡Qué baile tan delicioso! ¡Qué figuras tan lindas!
- JAC. (*Presentándose á ella.*) ¿Hablais por ventura de la mía?
- LUISA. ¡Jacinto! ¡Cuánto me alegro!... Ocho dias que no nos hemos visto... (*Repara en la Baronesa.*) ¡Ah! Perdonad...
- FONV. (*Cogiendo á Luisa de la mano.*) Tengo el honor de presentar mi hija á la señora Baronesa de Arman. (*Ambas se saludan.*)
- BAR. (*A Fonviel.*) ¡Preciosa jóven!
- FONV. Sois muy indulgente.
- BAR. Me ha inspirado desde luego mucho interés. La buscaremos un buen marido. (*Luisa vá al fondo, y figura hacer un ramillete.*)
- FONV. Permitid... Ella no tiene mas dote que mi estudio, y seria preciso venderlo.
- BAR. Ese es un negocio como cualquier otro. ¿Cuánto queris por vuestro estudio?
- FONV. Doscientos mil francos.
- BAR. No es mucho. Os buscaré un yerno que tenga por lo menos cien mil escudos. (*Luisa baja y habla aparte con Fonviel.*)
- JAC. (*Que ha oido á la Baronesa, se acerca á ella y le dice aparte.*) Un momento. Eso de buscar un yerno...
- BAR. ¿Cómo? ¿Tendriais pretensiones?..
- JAC. Tal vez: y veo que vuestra venida me va á costar cien mil francos.
- BAR. La vuestra me ha costado quinientos mil.
- JAC. (*Ap.*) Es mas lista que yo.
- LUISA. (*Ofreciendo un ramillete á la Baronesa.*) Mi padre y yo

- esperamos que nos hareis el honor de acompañarnos á la mesa. (*La Baronesa coge el ramillete.*)
- BAR. Imposible, señorita. Tengo el tiempo tasado... Necesito realizar dos negocios antes de la noche, para poder asistir despues á un baile.
- LUISA. ¿Al de la prefectura?
- BAR. Precisamente.
- LUISA. ¡Cuánto me alegro! Asi me direis si bailamos los Lanceros como en Paris.
- BAR. Con mucho gusto: y me ofrezco desde ahora á haceros *vis-à-vis*.
- LUISA. ¡Qué honor para mí... y para mi maestro!
- BAR. ¿Teneis un maestro?
- LUISA. Sí, señora: un jóven... que por cierto nos ha hablado de vos.
- BAR. ¿Si? ¿Y cómo se llama?
- LUISA. Bertran.
- BAR. (*Recordando.*) ¿Bertran? No recuerdo...—No importa: como conozco á todo el mundo, me lo presentareis en el baile, y yo os diré...—Si el señor Fonviel no se opone, continuaremos hablando de nuestro negocio; y para no perder tiempo, como me han dicho que teneis un jardín delicioso, podremos visitarlo de camino, si gustais.
- FONV. Con muchísimo gusto. (*Le da el brazo á la Baronesa.*) Vereis unas dalias de cuatro mil hojas... (*Van andando hácia el fondo.*)
- BAR. Deciamos que cada hectárea á setenta francos... (*Volviéndose hácia Luisa.*) Hasta luego, señorita.
- LUISA. Señora Baronesa...
- BAR. (*A Jacinto.*) No olvidéis que el contrato ha de firmarse mañana.
- JAC. Descuidad.
- BAR. (*Continúa andando y hablando con Fonviel.*) En cuanto al pago de la cantidad acordada...
- FONV. La coleccion de camelias es tambien asombrosa. (*Desaparecen hablando.*)

ESCENA VII.

JACINTO y LUISA.

JAC. ¿Me permitiréis que os pregunte, Luisita, quién es ese señor Bertran, de quien nunca habia oido hablar hasta ahora?

LUISA. Una persona á quien mi padre debe la vida. Como hace ocho días que faltais de Rouen...

JAC. ¡Ah, ya! Es el de la aventura del camino de hierro.

LUISA. Justamente; y si no me equivoco, debe ser amigo vuestro.

JAC. En cuanto á amigos, jamás he tenido mas que uno... Un ingrato... un tal Leonar... *(Interrumpiéndose.)* Perdonadme: he prometido no hablar nunca de él... porque yo, que rio de todo, me aflijo, me entristezco á ese recuerdo. Por lo que hace á vuestro desconocido... me temo, si he de hablaros con franqueza, que sea algun intrigante...

LUISA. Lo sentiria.

JAC. ¿Por qué?

LUISA. Lo primero, por el gran servicio que le debemos... y despues, porque me parece instruido, discreto, modesto... y en fin, lo que mas me ha prevenido en favor suyo, es que he creido adivinar que es desgraciado.

JAC. Algun héroe de novela que se ha propuesto interesarnos. Algun explorador de dotes, como hay tantos. Yo me encargo de interrogarle, de desenmascararlo, de ponerlo en la puerta.

LUISA. *(Mirando hácia la izquierda.)* ¡Dios mio! Viene hácia aqui.

JAC. Dejadme hacer: será cosa muy breve. *(Se dirige con resolucion hácia la izquierda, mira al interior, da un grito y se detiene.)* ¡Ah! ¡Qué veol! ¡No es posible! *(Vuelve á mirar con emocion.)*

LUISA. ¡Qué agitacion! *(Observando á Jacinto.)*

JAC. *(Ap. y sin dejar de mirar.)* ¡Pero sí... es él... ó es su sombra!... ¡Oh!... Nada puede detenerme... y á cualquier precio, yo sabré la verdad. *(Váse apresuradamente.)*

ESCENA VIII.

LUISA, sola, llamándole y siguiéndole con la vista.

¡Señor Jacinto!... ¡Señor Jacinto!... No me escucha... Está fuera de sí... Corre como un desesperado.—Se dirige á nuestro huésped... Lo estrecha como para sujetarlo... (*Volviendo la cabeza para no verlo.*) ¡Ah!... tenia razon: es algun intrigante, algun hombre sin fé ni co-razon. ¡Quién lo hubiera creido! (*Vuelve á mirar.*) ¡Calle! Pues si se estan abrazando como dos hermanos!... ¡Y vuelta á abrazarse otra vez! ¿Qué quiere decir esto?

ESCENA IX.

LUISA, JACINTO y LEONARDO, que vienen abrazados.

JAC. ¿Eres tú?

LEON. Yo mismo en cuerpo y alma.

JAC. (*Con cierta desconfianza.*) ¿Estás bien seguro?...

LEON. (*Reparando en Luisa.*) ¡Silencio!... No estamos solos.

JAC. (*Volviéndose y yendo á Luisa*) Perdonad, señorita...

LUISA. Os dejo en libertad. Voy á buscar á mi padre. (*Ap. á Jacinto.*) Pero decidme antes: ¿estais seguro de que es un hombre honrado?

JAC. (*Bajo á Luisa.*) El mas cabal y el mas bueno de todos.

LUISA. (*Ap.*) ¡Respiro! (*Alto.*) Hasta despues. (*Ap., yendo hácia el fondo.*) ¡He tenido miedo un instante! (*Váse.*)

ESCENA X.

JACINTO y LEONARDO.

JAC. ¡Tú!.. Eres tú en efecto, mi buen Leonardo! (*Estrechándole la mano.*)

LEON. ¡Chist!.. ¡Mas bajo!

JAC. No temas. Hemos quedado solos, y aqui nadie, excepto yo, conoce á mi amigo Leonardo Duclós, á quien he creido difunto... y á quien tanto he llorado.

LEON. Afortunadamente eso no te ha hecho enflaquecer.

JAC. Condena á mi estómago, que es siempre mas fuerte que

mi dolor. La naturaleza humana es así: uno se desespera... pero come... para alimentar su dolor. Y vamos á ver: ¿qué imaginación de inglés es la tuya? ¿Qué quería decir la carta que me dirigistes?..

LEON. La verdad.

JAC. Que dichosamente no ha sido verdadera, pues que gracias al cielo, no te has matado.

LEON. ¡Ehé!.. al contrario... y hé ahí justamente el mal. Me he matado.

JAC. ¡Eh! ¿Estás seguro?..

LEON. Segurísimo, y voy á probártelo.

JAC. ¡No!.. Te creo... te creo... y me complace mucho que tu suicidio esté atestiguado por tí mismo.—¿Conque es decir que estás muerto?

LEON. ¡Qué!.. ¡no!.. y ese es mi conflicto... No lo estoy.

JAC. (Ap.) Lo que yo creo es que está loco. (Alto.) Vamos... serénate... y explícate con claridad; porque yo, que estoy vivo, no comprendo ni esto. (Llevándose el pulgar á la boca.)

LEON. Vas á saberlo todo.

JAC. Creo tener derecho á tu confianza. Hemos nacido en el mismo pueblo, nos hemos criados juntos, hemos sido siempre dos buenos y leales amigos.

LEON. A pesar de la diferencia de nuestros caracteres. (Se sientan.)

JAC. Tal vez por eso mismo. Tú, ardiente, exaltado: yo, pacífico y positivo. Tú, perdiéndote en las nubes: yo, siempre firme en la tierra. En fin, la poesía y la prosa. Conque, vamos á ver...

LEON. Escucha. Ya sabes que huérfanos los dos, yo poseía cuando nos separamos un regular patrimonio...

JAC. Y como no soñabas mas que dichas y placeres, te marchastes á Paris; en tanto que yo, sin un cuarto, y sin esperanza de tenerlo, entré en una escribanía de Rouen.

LEON. Tú lo acertastes.

JAC. ¿Qué me cuentas?

LEON. A mi llegada á Paris, conocí entre varias de las personas á quienes fui recomendado, una jóven, viuda y hermosa, cuya elegancia, cuyo buen tono...

JAC. Te prendaron sin duda... y te enamorastes de ella; ¿no es esto?

LEON. ¡Como un loco! Aun recuerdo la primera noche que la

—¿Eh? Era en su casa: daba un baile suntuoso... ¡Qué felicidad hubiera podido competir con ella! Ricamente vestida; mil adornos de brillantes la cubrían...

JAC. Ahí estoy yo.

LEON. ¡Era un astro esplendente!.. Y yo, recién llegado de un rincón de mi provincia, no pude resistir á tanta seducción.

JAC. Adelante.

LEON. Bien entrada la noche, la hallé en un elegante gabinete, rodeada de cuatro ó cinco personajes que la hablaban de negocios de bolsa, de acciones de compañías, y de mil asuntos de este género. Yo la contemplaba á cierta distancia... cuando sus ojos vinieron á fijarse en los míos, con tal fuego, con tal interés... que desde aquel instante no fui dueño de mí. «Y vos, señor Leonardo, (me dijo) ¿no teneis tambien algun proyecto?—Si, señora (le contesté).—Sois jóven y dueño de vuestra fortuna, que es segun creo considerable.—Así, así, señora, unos cien mil francos, poco mas ó menos.—De renta, por de contado;» añadió ella. Y yo... ¿te lo confesaré? ¡vergouzoso y humillado de mi pequeñez, no me atreví á sacarla de su error. Por último, algunos dias despues logró ser admitido en su casa con toda intimidad.

JAC. ¡Bravo!

LEON. A condicion sin embargo, de ejercer en realidad el cargo que yo me habia atribuido... el cargo de millonario.

JAC. ¡Bonito empleo!.. ¿Pero cómo hacer para desempeñarlo?

LEON. Me fué preciso desplegar el lujo de un hombre del gran mundo, que tiene cien mil francos de renta. Seguir la en tirburí, acompañarla á la ópera, tener un jockey, correr caballos y pagar las fabulosas cuentas del sastre.

JAC. Pero yo en tu lugar me hubiera detenido... lo hubiera arreglado y liquidado todo, empezando por mi pasion.

LEON. ¿Y cómo hacerlo? cuando cada dia se me figuraba ser mas amado... Cuando por último me propuso ella misma un enlace, que me llenaba de felicidad.

JAC. Debistes haberte confiado á su cariño, haberle confesado la verdad.

LEON. ¡Y pasar por un quidam, por un farsante!.. ¡No! Mi capital se hallaba reducido á cuarenta mil francos. Quise enriquecerme en pocos dias; jugué á la bolsa... ¡y quedé arruinado!

JAC. ¡Pobre amigo mío!

LEON. ¡Si, pobre!... porque en el mundo donde yo vivia, eso era una vergüenza... mas aun, un ridículo; la muerte misma, que yo aceptaba como el riesgo de la partida, me parecia menos cruel.

JAC. ¡Desventurado!

LEON. Aquel mismo dia me encerré algunas horas en mi cuarto, escribí á todos mis amigos para enviarles mi postre adios... y á la madrugada siguiente me dirigí al Sena, el corazon partido, la desesperacion en mi alma, sin ver los objetos que se ofrecian en torno mio, sin oír, sin reparar en nada. ¡De pronto... creo escuchar las risas burlonas de mis rivales!... Una excitacion nerviosa se apodera de mí... corro como un loco... y me precipito en las aguas.

JAC. ¡Gran Dios! ¡Pero eso es horroroso!

LEON. ¡Si... muy horroroso! Y si alguna vez llegas á ese extremo...

JAC. No... no tengas cuidado: puedes estar tranquilo.

LEON. (Continuando.) No elijas ese género de muerte.

JAC. Ni ese... ni otro alguno.

LEON. La corriente me llevó con una rapidez espantosa... La respiracion llegó á faltarme, las fuerzas me abandonaron... creí que iba á morir... y despues... no sé mas... quedé sin sentido.

JAC. (Con interés.) Continúa.

LEON. ¡Oh! encanto inexplicable de la vida. No puedo pintarte el sentimiento de ventura que experimenté al volver en mí. Un pescador me habia salvado, me hallaba en su cabaña...

JAC. Donde, gracias al cielo, podias gozar de algun reposo.

LEON. Te equivocas: no se vuelve á la vida sin volver á la inquietud. La red del pescador habia sido mi áncora de salvacion: al asirme de ella, cuando la corriente me llevaba, tuve la desgracia de romper unos cuantos hilos, y el bueno de mi libertador me reclamó daños y perjuicios, amenazándome con los tribunales, si no lo satisfacía. Por fortuna me habia quedado mi bolsillo: pagué la indemnizacion... sali de alli, y á la mañana siguiente entré en el primer convoy que encontré, sin informarme de la direccion que llevaba: era el tren de Rouen; y en la penúltima estacion tuve la dicha, por

- mi vuelta á la vida, de salvar la del señor Fonviel, tu principal.
- JAC. Ya ves como la vida es siempre buena para algo. (*Se levantan.*)
- LEON. Si, es cierto: y cuando pienso en ello, me reconcilio un poco conmigo mismo.
- JAC. Eso no basta: es preciso que la reconciliacion sea completa. ¿Qué piensas hacer ahora? Veamos.
- LEON. No lo sé... Pero de todos modos, quiero continuar siendo siempre y para todo el mundo, Bertran de Montgiron, como hoy me llamo... Porque si fuera necesario descubrirme, exponerme á las burlas de mis amigos, al ridículo que me cubriría... te lo juro, prefiero morir; y esta vez tomaria mejor mis medidas.
- JAC. ¡Quieres callarte! Morir por vanidad... por pereza... ó por orgullo, es mas que una cobardia... es una simpleza. Créeme: la vida es bella para quien sabe emplearla. —Aquí me tienes á mí: no poseo nada... no significo nada: y sin embargo soy dichoso. Trabajo... hé ahí mi presente: espero... hé ahí mi porvenir.
- LEON. ¡Vivir!... ¿y cómo vivir cuando me he quedado sin fortuna?
- JAC. ¿Y la mia? ¿Y mi sueldo de primer pasante?
- LEON. ¡Oh... calla!
- JAC. Se trata solamente de pasar el mal tiempo, hasta encontrar una ocupacion, un empleo.
- LEON. Ya lo habia obtenido, despues de seis meses de pretensiones. Me lo acordaron el dia mismo de mi muerte, segun vi despues en la Gaceta... pero ayer he leído el nombramiento de mi sucesor.
- JAC. ¿Ves cómo debistes haber esperado, cómo no se debe desconfiar de la fortuna?
- LEON. Si, lo conozco... ahora sobre todo, que otras ideas... otras ilusiones...
- JAC. (*Vivamente.*) ¿De amor?
- LEON. Mucho me lo temo.
- JAC. ¡Enamorado!... ¡Como yo! Te has salvado. No hay nada mejor para hacernos apreciar la vida. No puedes imaginar lo que sentiria morirme, menos por mí que por Josefa... Atala... (*Suspira.*) ó la otra!
- LEON. ¿Tres á un mismo tiempo?
- JAC. Por triplicar los lazos que me ligan á la existencia; na-

- da mas que por eso. ¡Pobres criaturas! Cuando pienso que si me fuera al otro mundo quedarían...
- LEON. ¿Inconsolables?
- JAC. Al contrario: se consolarían muy pronto, que es lo que yo no quiero... y por lo que me quedo aquí... (*Inter-rumpiéndose.*) La señorita Luisa.

ESCENA XI.

DICHOS y LUISA.

- LUISA. (*Entrando por la derecha.*) Perdonad mi indiscreción... La comida está pronta.
- JAC. (*Frotándose las manos*) ¡La comida!
- LUISA. Solo con una noticia tan importante me hubiera permitido incomodaros.
- JAC. ¡Incomodarnos! De ningún modo. Un amigo, á quien no había visto hacia mucho tiempo...
- LEON. Y que vuelve de un largo viaje.
- JAC. Si... justo: del otro mundo.
- LUISA. Y sin duda por eso os abrazabais con tanta efusión.
- JAC. (*A Luisa en voz baja*) ¡Un jóven de mérito, de talento!
- LUISA. (*Con intencion.*) Ya lo sabemos.
- JAC. ¿Si?
- LUISA. Y que enseña admirablemente á bailar los *Lanceros*.
- JAC. ¡Hombre!
- LUISA. Y á propósito, tengo un favor que pedirle al señor Bertran.
- LEON. ¡Es posible, señorita! ¿Seré bastante afortunado?...
- LUISA. Papá ha recibido, como notario de la prefectura, mayor número de billetes que el que necesita para su familia: iba á devolverlos, y yo, pensando en el señor Jacinto... le he pedido que me reservase dos.
- JAC. ¡Cuánta bondad!... pero me basta con uno.
- LUISA. ¿Y vuestro amigo? ¿Egoísta!
- LEON. (*Con alegría.*) ¡Habeis pensado en mí!
- LUISA. (*Sonriendo.*) No me deis las gracias todavía... es un servicio interesado. He creído que podia estar casi segura del éxito en ese nuevo baile, si mi mismo maestro se prestaba á servirme de pareja.
- LEON. ¡Tanto favor! ¿Cómo he podido mereceros?...
- LUISA. No hay mas que hablar.—La comida está servida... y

- veo á mi padre que acompaña hasta el coche á su nueva cliente.
- JAC. ¡Ah! si: la baronesa de Arman...
- LEON. (Ap.) ¡Cielos!
- LUISA. (Mirando al fondo.) Ya ha entrado en el coche.
- JAC. (Observando á Leonardo.) ¿Qué tienes? ¿De qué proviene esa turbacion?
- LEON. (Bajo á Jacinto.) ¡Es ella, amigo mio, es ella!
- JAC. ¿La viuda de marras?
- LEON. La misma. ¡Aqui .. en esta casa!
- LUISA. (Desde el fondo.) Ya se aleja.
- JAC. Serénate: ha pasado el peligro.
- LUISA. (Alegremente y viniendo hácia ellos.) Ahora comprendeis por qué tengo tanto empeño en sostener en el baile de esta noche el buen nombre de las jóvenes de Rouen. Esa señora de Paris asistirá á él.
- LEON. ¿La Baronesa?
- LUISA. Cabal; y me ha ofrecido bailar enfrente de nosotros.
- JAC. (Ap.) ¡Cayóse la casa á cuestras!

ESCENA XII.

DICHOS y FONVIEL.

- FONV. (Saliendo por el fondo.) ¡Luisa!... ¡me muero de necesidad!
- LUISA. (Yendo á él.) Cuando querais, la sopa está servida.
- LEON. (Bajo á Jacinto.) ¿Qué harias en mi lugar? ¡No hay para matarse de nuevo!
- JAC. (Id.) ¡Parece que le has tomado el gusto!
- LUISA. (A los dos desde el fondo.) ¿No venis?
- JAC. (Bajo á Leonardo.) Comamos bien primero... y ya veremos después. (Alto, y yendo al fondo cogido del brazo de Leonardo.) ¡A la mesa! (Vánse todos por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La acción es en Rouen. El teatro representa el gabinete particular de Fonviel. A la derecha dos puertas laterales; á la izquierda otra puerta que comunica al estudio. En el primer término de la escena, mesas de trabajo en ambos lados; sillas y butacas. En el fondo una chimenea y dos bibliotecas.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, y á poco ROBERTO. Luisa sale por la derecha muy pausadamente y leyendo un libro que trae en la mano. Se detiene en el centro de la escena y deja de leer un momento, como una persona que se halla preocupada por otra idea.

LUISA. ¡Qué largo y fastidioso fué el baile de anoche! (Continúa leyendo y andando hacia la izquierda. Cuando llega junto á la mesa se oye la voz de Roberto, dentro. Luisa deja el libro.)

ROB. (Dentro.) ¡Stop! ¡Stop! ¡Stop! (Voz de equitación para detener un caballo.)

LUISA. ¿Quién es ese caballero que viene tan de mañana?

ROB. (Entrando de espaldas por la primera puerta de la derecha.) ¡Quietó!... ¡Quietó!... Eso es... ¡Magnífico animal! (Reparando en Luisa.) Perdonad, señorita: no habia tenido el honor... ¡El señor Fonviel... notario?...

- LUISA. No son las ocho, y mi padre ha pasado la noche en la prefectura.
- ROB. ¿Y su pasante, el señor Broton?...
- LUISA. No ha venido aun. El estudio no se abre hasta las nueve.
- ROB. Para todo el mundo, no digo... pero para mí, cuando traigo un negocio importante... es desagradable! Esperar es siempre desagradable, y á mí me aburre sobranamente.
- LUISA. Lo siento mucho.
- ROB. Y cuando vuestro padre sepa que he estado aquí...— Yo me llamo Roberto, vecino acreditado de Rouen...
- LUISA. Sí, creo recordar... El hijo único del rico negociante de caballos...
- ROB. Permitid... permitid: hoy es diferente. Soy miembro corresponsal de varias sociedades...
- LUISA. ¿Científicas?
- ROB. No... de la cria caballar; pero eso da á la profesion cierto carácter...
- LUISA. ¿De movimiento?
- ROB. ¡Oh!... lo que es movimiento... En varias ocasiones he estado á punto de romperme la nuca.
- LUISA. En obsequio á la humanidad...
- ROB. Justo: en obsequio á la humanidad... caballar. Ahora mismo, he traído en mi compañía el soberbio *Crepúsculo*... ¡Hermoso modelo! ¡Y qué brazos! Parece una dama.
- LUISA. De la raza.
- ROB. (*Riendo de sí propio.*) ¡Jí, jí, jí!... ¡He dicho una barbaridad! Es varon.
- LUISA. Macho.
- ROB. Lo mismo da. ¡La equitacion! ¡Arte sublime! ¡noble ejercicio! que no solamente da gracia y distincion á nuestras maneras...
- LUISA. Ya se conoce.
- ROB. Sino que presta ademas cierta penetracion, cierto ingenio...
- LUISA. No me he apercebido nunca de ello.
- ROB. (*Continuando.*) Del que hoy mas especialmente necesitamos... que me han traído aquí tan de mañana... y no sé en verdad si debo esperar, ó si debo volver.

LUISA. Nada puedo aconsejaros... Si yo no tuviera que con-
sultar mas que mi gusto...

ROB. ¡Sois muy amable! *(Deja su sombrero sobre una silla y
saca un cigarro.)* ¿Os incomoda el humo?

LUISA. No lo sé, caballero.

ROB. ¿Cómo?...

LUISA. Porque ningun hombre ha fumado hasta ahora delante
de mí.

ROB. ¡Ah!... *(Se guarda el cigarro)* Pues señor, decididamen-
te prefiero volver. *(Coge el sombrero.)* Creí ademas que
encontraria aqui á la baronesa de Arman... Una viuda
muy rica, á quien conocí en Paris... Tengo que tratar
con ella de un asunto... á propósito de cierto contrato
que me han dicho debe firmarse aqui esta mañana...

LUISA. Esos son negocios del estudio...

ROB. Teneis razon. Volveré, pues, dentro de un rato. Seño-
rita, tengo el honor de ofrecerme á vuestros piés, atento
y humilde servidor... *(A cada cumplimiento da un paso
hácia atrás.)*

LUISA. Le agradezco infinito...

ROB. Que se declara vuestro invariable... *(Tropieza con la
mesa.)* ¡Ay!

LUISA. *(Conteniendo la risa.)* Cuidado, caballero.

ROB. He dicho. *(Da media vuelta con viveza y desaparece.)*

ESCENA II.

LUISA, sola.

¡Gracias á Dios! *(Pausa. Vuelve á coger el libro.)* ¡No
venir al baile, habiéndole yo invitado!... *(Pausa.)*
¡Habiéndole rogado que me sirviera de caballero! *(Se
sienta.)* Es preciso confesar tambien que eso fué una
ligereza en mí; una falta de reflexion... de la que aho-
ra me arrepiento. *(Se levanta.)* Pero no es él quien
hubiera debido hacérmelo comprender *(Con despecho.)*
Y si es una leccion que ha querido darme...

ESCENA III.

LUISA y FONVIEL.

- FONV. ¡Hola! Luisa.
- LUISA. Muy buenos días, papá. ¿Habeis descansado? ¿Qué os pareció el baile de anoche?
- FONV. ¡Soberbio! ¡Y luego el prefecto me recibió tan bien!... Sin contar otro placer mas grande todavía.
- LUISA. ¿Cuál?
- FONV. El de verte brillar. La Baronesa y tú erais las reinas... Tú, por supuesto, sobre todo. Tenias un cierto aire pícaresco... una vivacidad, una alegría...
- LUISA. Es que estaba furiosa, papá.
- FONV. ¿Si? ¿Y por qué?
- LUISA. Porque... porque el vestido me sentaba mal.
- FONV. ¡Mal! ¡Pues si era el traje mas elegante... y te iba tan bien!.. Tal era la opinion de todo el mundo.
- LUISA. Galanteria, amor propio nacional.
- FONV. Nada de eso; y la prueba es que durante el sarao vinieron á pedirme tu mano nada menos que tres pretendientes. ¿Qué dices á eso?
- LUISA. Que si efectivamente es así...
- FONV. Uno de ellos, sobre todo... — Empiezo por declararte que es el menos á propósito, porque no tiene un cuarto;— aunque por otro estilo conviene mucho á mis ideas.
- LUISA. Pues, ese es el que debeis elegir. (*Ap. y picada.*) Es preciso que yo le devuelva la leccion.
- FONV. ¡Pobre Jacinto!... Me cogió anoche...—por cierto entre dos aires, y estuve estornudando despues cerca de media hora.—¡Te profesá tanta estimacion, tanto afecto!...
- LUISA. No hace mas que pagarme.
- FONV. ¡Es tan buen muchacho!... Ha nacido notario, como se nace poeta. Conoce los negocios mejor que yo mismo... y si con el tiempo llegarás á amarle...
- LUISA. Lo amaré, papá, si eso os conviene.
- FONV. ¿De veras?
- LUISA. Si tal es vuestro deseo...
- FONV. Gracias, Luisa, gracias. ¡Eres una buena hija! Voy á

dejarle entrever alguna esperanza, para que le cobre mas afición al trabajo; y cuando haya reunido la mitad siquiera de la suma que vale mi estudio...

LUISA. Eso es... (Largo le vá entonces.)

FONV. Creo que ha entrado en mi despacho: se dirige hácia aqui. Voy á referirle...

LUISA. No, papá. ¡Delante de mí!

FONV. Tienes razon. Tú tienes siempre razon.

ESCENA IV.

DICHOS y JACINTO, *que entra algo atolondradamente, como temiendo llegar tarde.*

JAC. Saludo.—He llegado cinco minutos despues de la hora. (*Mostrándole su reloj á Fonviel.*)

FONV. Eso no importa.—¿El contrato de la Baronesa?...

JAC. Eccolo quá. (*Lo deja encima de la mesa de la izquierda.*) Ya puede venir á examinarlo cuando guste. Pero despues que haya salido de sus lindas manos, tened cuidado de examinarlo bien.

FONV. ¡Cómo! ¿Crees tú?...

JAC. Hombres de negocios y asociados, deben tener cuatro ojos al tratar con esa clase de señoras. Cuando la especulacion es buena, son aptas y rígidas para cobrar...

FONV. Pero cuando es mala...

JAC. Entonces, están casadas siempre bajo el régimen dotal, y no pierden nada.

FONV. Es decir, que es como si lo cogieran á uno en un bosque...

JAC. De mirtos y claveles.

FONV. Bueno es saberlo.—Voy á que me den de almorzar.

Vamos, Luisa. (*Ambos se dirigen á la segunda puerta de la derecha.*)

LUISA. (*Volviendo.*) ¡Ah! Señor Jacinto: un cliente ha venido esta mañana y ha preguntado por vos.

FONV. ¿Qué haces? (*A Luisa, desde la puerta.*)

LUISA. (*A Jacinto.*) El señor Roberto... Ha dicho que volverá.

FONV. ¡Pero hija!... (*Impaciente.*)

LUISA. Allá voy, papá. (*Corriendo hácia él y dirigiéndose á Jacinto.*) Me habeis entendido, ¿no es cierto? (*Desaparecen.*)

ESCENA V.

JACINTO solo, siguiendo con la vista á Luisa.

¡Ay! qué buena esposa para un notario... y qué pronto rompería yo con Josefa, Atala, etc., etc. ¿Si su padre habrá ya abordado con ella la cuestion?... Despues de todo, tiempo tenemos aun el uno y el otro... (*Suspirando.*) De aquí á que yo haya hecho fortuna...

ESCENA VI.

JACINTO y LEONARDO.

- LEON. Buenos dias, Jacinto.
 JAC. Parece que has madrugado.
 LEON. ¿Qué se dijo de mí? ¿Qué sucedió anoche en el baile?
 JAC. Nada. Tomastes el mejor partido, no asistir á él. Eso te dispensa de toda explicacion.
 LEON. Si, eso me ha salvado de la Baronesa... pero ha sido corresponder malamente á la amable invitacion de Luisita; porque ella me habia invitado.
 JAC. Tienes razon: ha sido una falta de galanteria...
 LEON. Di mas bien un desaire, de que me avergüenzo. Aposataria á que ella se mostró indignada, furiosa...
 JAC. No.
 LEON. ¡Cómo! ¿no estaba furiosa?
 JAC. Se me figura que ni siquiera lo notó.
 LEON. (*Con cierta sorpresa y sentimiento.*) ¡Ah!...—Tanto mejor. Pero sin embargo, aunque no haya sido mas que por amor propio...
 JAC. ¿Quién? ¡Ella amor propio! No la conoces. ¡Es lo mas modestal.. (*Se dirige á la mesa y hojea unos papeles.*)
 LEON. (*Ap.*) Está visto. Me he equivocado. Es preciso partir. (*Alto.*) Adios, mi buen Jacinto. (*Dándole la mano.*)
 JAC. ¿Eh? ¿Qué significa ese adios? ¿Vas á dejarnos?
 LEON. ¿Puedo hacer otra cosa? Mi posicion aquí... en Rouen, no es sostenible. Expuesto á cada momento á hallarme con la Baronesa... Imaginate el efecto que eso le causaria: porque despues de todo, su afecion por mí era grande... ¡Esa sí que me amaba! ¡Oh! sí, me amaba

realmente... y la sorpresa, la emoción... Sería muy capaz de morirse.

JAC. (*Mirando hacia la derecha.*) ¿Si? Pues entonces, ya puedes marcharte, porque viene por ese lado.

LEON. ¡Ella! ¡Ah! ¡No quiero que me vea! (*Va á marcharse por la puerta de la izquierda.*)

JAC. Ya está aquí.

LEON. ¡Oh!.. (*Leonardo no ha tenido tiempo de llegar á la puerta y se sienta vivamente á la mesa de la izquierda, de espaldas hacia la puerta por donde sale la Baronesa. Jacinto se apresura á ir á su encuentro.*)

ESCENA VII.

DICHOS, y la BARONESA.

BAR. Aquí me teneis, esacta á nuestra cita.

JAC. A pesar del baile.

BAR. A causa del baile. Nada mas cómodo para las gentes de negocios. No se acuesta uno... ¿El contrato está listo?

JAC. (*Lo coge de encima de la mesa y se lo entrega, indicándole al mismo tiempo á Leonardo.*) Nuestro auxiliar copiaba ahora mismo las últimas palabras.

BAR. (*Bajando hacia la derecha y leyendo el contrato.*) «Ante mí, notario imperial de Rouen»...

LEON. (*Mirando con disimulo á la Baronesa.*) Siempre hermosa! ¡Siempre!..

BAR. «Comparecieron, Cristina Aurelia, Baronesa de Arman»... (*A Jacinto.*) Voy á anotar mis observaciones al margen. Desde luego me parece bien redactado. (*Se sienta á la mesa de la derecha y lee para sí el contrato.*)

JAC. ¡Sois muy indulgente! El deseo de poderos complacer... Y luego un sentimiento... (*Suspira.*) Un recuerdo caro y doloroso á la vez!.. (*Ap.*) Ahora veremos.

BAR. ¿Qué quereis decir?

JAC. Yo he sido el amigo de infancia... el amigo íntimo de un desgraciado jóven...

LEON. (*Tosiendo.*) ¡Ajham! ¡ajham! (*Ap.*) ¡Me hace temblar!

JAC. Un infeliz... que os adoraba.

BAR. (*Sin dejar de leer.*) ¿Si? ¿Cuál?

JAC. (*Mirando maliciosamente á Leonardo.*) ¡Cómo! ¿cuál?

BAR. (*Escribiendo.*) Mirad esta advertencia, que creo neces-

- saría al objeto.
- JAC. Poned lo que gustéis. (*Continuando.*) Si, señora; del desdichado Leonardo Duclós... el difunto Leonardo!...
- BAR. ¡Oh! No pronuncieis ese nombre! ¡Me hace un daño espantoso!
- LEON. (*Ap. con alegría.*) Ya estaba yo seguro.
- BAR. (*Ocupada siempre del contrato.*) ¡Espantoso!... espan!... La designación de las dependencias ¿está bien exacta?
- JAC. Si, señora. (*Ap.*) Esto se va haciendo curioso. (*A la Baronesa.*) Conque decíamos que ese pobre Leonardo...
- BAR. (*Con sentimiento.*) Libres ambos, mi deseo y el suyo era unirnos con lazos indisolubles.
- LEON. (*Ap.*) Es verdad.
- BAR. Yo lo había presentado á mis amigos, á mi sociedad íntima como mi marido...
- JAC. ¡Vuestro marido!
- BAR. (*Cambiando de tono.*) Naturalmente. En el torbellino de negocios á que me he lanzado, es imposible permanecer viuda.
- JAC. ¡Ah! ¿era ese el motivo?...
- BAR. Aunque no sea mas que para la validez de los actos que es preciso firmar... «Esposa de...»
- JAC. (*Continuando la fórmula.*) «Debidamente autorizada por él...»
- BAR. Pues: eso tranquiliza...
- JAC. Justo... (*Ap.*) Eso nos tranquiliza.
- BAR. (*Ocupándose al mismo tiempo del contrato.*) Por lo tanto, nuestro matrimonio estaba convenido; pero de la noche á la mañana... (*Escribiendo.*) Punto y coma.
- JAC. ¿Y bien?... (*Impaciente.*)
- BAR. Nunca lo hubiera creído en él... ¡Un escándalo!... ¡Un espectáculo, que no le perdonaré nunca! ¡Suicidarse... por celos!
- JAC. ¿Cómo?
- LEON. (*Ap. con extrañeza.*) ¡Por celos!
- BAR. ¡Sospechas injuriosas!.. ¡denigrantes!.. Un pretexto para matarse, y nada mas. ¡Ya veis qué proceder tan indigno! Uno se explica... pero no se mata... Eso es absurdo.
- JAC. Absurdo: esa es la palabra. Siempre es absurdo matarse... aunque sea por una mujer.
- BAR. ¡Sin duda! Eso la compromete.

- JAC. ¡Pues está claro! (*Ap. á Leonardo.*) ¡Estás oyendo?
- BAR. (*Volviéndose.*) ¿Eh?
- JAC. (*Con viveza.*) Una nota para el amanuense...—¿No tenéis alguna otra observacion que hacer?
- BAR. Si... Habeis puesto los intereses á cinco... y habiamos convenido á cuatro.
- JAC. Creo que estais en un error.
- BAR. Nada de eso: á cuatro...
- JAC. A cinco: mi principal os lo dirá como yo.
- BAR. Tengo muy buena memoria...
- JAC. Yo tambien.
- BAR. Y es poco galante en vos, que despues de afirmar, yo, señora...
- JAC. Lo siento; pero ante notario no hay mas que escrituras... á cinco.
- BAR. A cuatro.
- JAC. A cinco.
- BAR. ¡Señor pasantel...
- JAC. (*Ap.*) ¡Es peor que un procurador!

ESCENA VIII.

DICHOS y LUISA, que sale apresuradamente por la derecha.

- LUISA. Señor Jacinto... señor Jacinto!.. Venid pronto... Mi padre os llama... Acaba de recibir una carta de Lille...
- JAC. ¿Eh?
- LUISA. Anunciándole la muerte de uno de sus clientes... del señor Longueville, se me figura.
- BAR. ¡Cielos!
- JAC. ¿Estais segura?
- BAR. ¡Muerto!
- LUISA. Hace ocho dias.
- BAR. Entonces... entonces ese contrato... esa venta...
- JAC. Completamente nulos. Y nosotros que disputábamós sobre los intereses... que eran á cinco.
- BAR. (*Va á disputarlos.*) A... (*Transicion.*) Despues de todo, es posible que tengais razon.—¡Perder un negocio en tan buen estado!...—Pero aun podremos llevarlo á cabo, porque habrá sin duda herederos...
- JAC. (*A Luisa.*) Corro á ver á vuestro padre.

- BAR. Y yo á escribir á París... ¿No es verdad que debe haber herederos?...
- JAC. Si; pero lo primero es conocerlos.
- BAR. Y vaya si los conoceremos.
- JAC. No se harán esperar.—Hasta la vista.
- BAR. Yo volveré. (*Vánse: Jacinto por la segunda puerta de la izquierda, la Baronesa por la primera. Esta escena debe jugarse con rapidez de palabra y de acción.*)

ESCENA IX.

LUISA y LEONARDO.

- LEON. (*Que continúa sentado, dice aparte.*) ¡Insensato de mí! ¡Y yo que imaginé que me amaba! ¡Que creí que hubiera sentido mi muerte! ¡Oh!... ¡ya no creo nada en el mundo! ¡Nada!! (*Se levanta. Luisa ha seguido con la vista á la Baronesa y ha tornado despues sus ojos hácia Leonardo. Cuando vé que se levanta, se dirige hácia la izquierda; y Leonardo, que aun no la ha visto, baja hácia la derecha. Cuando llegan al centro de la escena, se encuentran ambos de frente; se saludan respetuosamente. Luisa pasa por delante y continúa su camino; Leonardo, que ha dado dos pasos hácia la derecha, se vuelve de pronto y llama á Luisa.*) Perdonad, señorita... Antes de ausentarme, necesito justificar una falta que he cometido... aunque parece que ni siquiera la habeis notado. Pero por grande que sea vuestra indulgencia ó vuestra indiferencia hácia mí, no por eso me creo menos culpable.
- LUISA. (*Que se ha detenido un momento, como quien se dispone á continuar su camino.*) ¿Y qué es ello?
- LEON. ¡Tenian razon... la habeis olvidado! Pero yo nunca me perdonaré el haber correspondido tan mal al honor que quisisteis dispensarme, al elegirme ayer por vuestro caballero...
- LUISA. ¡Cómo! ¿Es eso lo que os preocupa?
- LEON. ¡Si, señorita: porque hubiera sentido tanto orgullo!... ¡Hubiera gozado tanto con el triunfo de mi discípula!..
- LUISA. (*Sonriendo.*) Comprendo: quereis, para ganar vuestra causa, empezar por ganar primero á vuestro juez. Es inútil: una falta tan leve no pide un castigo muy severo. No pudisteis venir... Eso basta. ¿Estais disgustado?..

Quizás yo también lo esté... Siempre se echa de menos un maestro como vos. Pero como supongo que vuestra ausencia... ha sido motivada... por razones... (*Deseando provocar una explicación, pero ocultando su deseo.*)

LEON. ¡Oh! si señora... (*Ap.*) ¿Qué le diré? (*Alto.*) Por razones... imprevistas... y que son tales!.. (*Breve pausa.*)

LUISA. (*Con frialdad.*) No insisto... caballero... pues que parece que es cosa grave.

LEON. ¡Oh! ¡sí! ¡muy grave! Y sin embargo, tan ridícula, tan absurda, que si pudiera... si me atreviera á confiársela, acaso lejos de enojarnos contra mí... tendríais lástima de la situación en que me he encontrado.

LUISA. (*Con cierta alegría.*) Será tal vez el lance que se refirió anoche en los salones... Un joven que encaminándose á la prefectura, fué despojado de piés á cabeza?...

LEON. (*Ap. con alegría.*) ¡Me he salvado!

LUISA. ¿Erais vos?

LEON. Sí, señorita: yo mismo.

LUISA. (*Riendo.*) ¡Vos! ¡Qué lo siento!

LEON. (*Ap.*) Pues no se le conoce.

LUISA. ¡Y tuvisteis que volveros á casa!..

LEON. Fuí á rondar despues los balcones de la prefectura, y á contemplar desde la calle la alegría que rebotaba en los semblantes de tantas liudas jóvenes... ¡Una sobre todo!... Un ángel, cuya imagen no bastaba para consolarme de aquel paraíso perdido... ¡Ah! mi dolor era tal, que las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

LUISA. ¡Por un baile!

LEON. Por ese, nada más.

LUISA. Pues es muy mal hecho el afligirse así... por tan poco; —y mereceríais que os hubiera sucedido una verdadera desgracia...

LEON. ¿No lo era grande, por ventura, el creeros irritada contra mí?

LUISA. ¿Y ahora... estais ya tranquilo?

LEON. ¡Sí! ¡Oh! ¡sí! Y vuestra indulgencia me dá valor...

LUISA. Perdonad: me estan esperando. He dejado á papá en su gabinete con el señor Jacinto... (*Recordando de pronto. Exclamación.*) ¡Ah!

LEON. ¡Eh! ¿Qué teneis?

LUISA. Nada. (*Ap.*) ¡Jacinto! ¡Con tal que no le haya dicho todavía!.. (*Váse precipitadamente.*)

ESCENA X.

LEONARDO *solo.*

¡No... No hay en el mundo una mujer mas linda, mas razonable!... Nada me ha dicho... nada le he prometido, y sin embargo... No sé, pero hay en ella una cierta cosa... un fondo de bondad, de afecto, que hace que mientras mas se le vé, mas se desee verla. ¡Si yo no hubiera perdido mi fortuna!...

ESCENA XI.

LEONARDO, JACINTO *y* ROBERTO.

- ROB. (*Entrando.*) Siento haceros volver.
- JAC. Nada de eso. Sé que ya habeis estado aqui esta mañana...
- ROB. En busca vuestra, y creyendo que encontraria á la Baronesa de Arman.
- JAC. Teneis desgracia. Hace poco que se ha marchado.
- ROB. Lo sé: acabo de verla, y hemos hablado del importante negocio que me ocupa. Me ha dado una audiencia en el estribo de su carruaje. ¡Magnífico tronco! ¡Pues y ella! Buenos brazos, la edad en la boca... (hablo de los caballos). ¡Qué maneras, qué traje!... (hablo de la Baronesa). «Antes de ver al señor Fonviel (me ha dicho) hablad con su primer pasante; él es quien todo lo hace, quien todo lo dispone.»
- JAC. ¡La señora Baronesa me adula! (*Roberto se sienta á la derecha. Jacinto coge una silla y se sienta tambien á su lado.*) Veamos. ¿De qué se trata? Os escucho. (*A Roberto, que mira con cierta desconfianza á Leonardo, el cual está sentado junto á la mesa de la izquierda.*) No hagais caso.... Ese caballero es un amigo de toda confianza.
- ROB. Pues empiezo.—Sin duda habreis oido hablar en Paris de un jóven llamado Leonardo Duclós.
- LEON. (*Ap.*) ¡Cielos!
- JAC. ¡Oh! si, señor: mucho... Uno de mis mejores amigos.
- ROB. Justamente lo que me ha dicho la Baronesa.

- JAC. ¡Un muchacho muy guapo!
- ROB. Es posible: yo no le he visto jamás.
- LEON. (Ap.) ¡Respiro!
- JAC. (Señalando á Leonardo.) He ahí una persona que lo conoce mejor que yo todavía. No se separaban nunca.....
- ROB. ¡nunca! Eran como uno.
- ROB. ¡Feliz casualidad!—Debeis saber por consiguiente que el infeliz ha muerto.
- LEON. No me queda la menor duda.
- ROB. (Vivamente.) ¿Estais seguro de ello?
- JAC. ¡Oh! En ese asunto podeis creer cuanto el señor os diga. Como que se hallaba á su lado en el instante... De consiguiente, si necesitais algunos detalles...
- ROB. El detalle interesante para mí, es saber que está muerto.
- LEON. Pues de eso yo os respondo.
- ROB. ¡Oh, dicha! ¡Oh!...
- LEON. (Ap.) ¿Qué significa?...
- ROB. No podeis figuraros el placer que me estais haciendo sentir. Disponed de mí, de mi vida, de mis caballos...
- JAC. ¿Pero por qué?
- ROB. ¿Por qué? Figuraos que yo tenia un primo segundo, en segundo grado: una especie de oso, un celibato, un Creso llamado Longueville.
- LEON. (Ap.) ¡Cómo!
- JAC. ¡Longueville!
- ROB. Habian mediado entre mi padre y él ciertos disgustillos de familia, que hacia que ambos se detestaran cordialmente. Yo no me acordaba siquiera del santo de su nombre: cuando de la noche á la mañana, el buen señor se decidió á morirse, dejando toda su fortuna...
- JAC. ¿A vos?
- ROB. No: á ese Leonardo Duclós.
- JAC. } ¡Eh! (Ambos se levantan con viveza y quedan inmóviles.)
- LEON. }
- ROB. } ¡Eh! (Al mismo tiempo, y levantándose tambien, por efecto de la impresion que le ha causado el movimiento de los otros)
- JAC. Continúad.
- ROB. (Continuando.) Un pariente en el mismo grado que nosotros, á quien tampoco conocia; y todo por burlarnos, por desheredarnos... ¡Tres ó cuatro millones, señores!

- LEON. } ¡Cuatro millones!!
- JAC. }
- ROB. Pero por fortuna... ¡Ved lo que es la fortuna! Por fortuna me informan que Leonardo...—¿seria imbécil?— se ha tirado al rio hace quince dias... cuando mas necesitaba vivir, el estúpido. (A Leonardo.) Ha sido vuestro amigo y no quiero hablar mal de él; pero parece que era un idiota.
- LEON. }
- JAC. } ¡Ah! (En tono de pregunta.)
- ROB. ¡Muy feo!...
- LEON. }
- JAC. } ¡Hombre! (Con frialdad y como burlándose.)
- ROB. Y luego, raquitico, enfermizo...
- JAC. (Ap.) ¡Vaya una oración fúnebre!
- ROB. ¡Su muerte es indudable, positiva! He reunido ademas cartas suyas, que anuncian su determinacion...—Parece que esto deberia bastar para que, siendo yo el único heredero, entrase desde luego en posesion...—Pues no señor: se quiere que la muerte esté probada... y atestiguada...
- JAC. ¡Eso es absurdo!
- ROB. ¡Pues está claro! Y justamente cuando la baronesa de Arman, en nombre de una compañía respetable, ofrece una cantidad... idem, por las tierras de Longueville, dependientes... de mi sucesion.
- JAC. ¿Dos millones y medio?
- ROB. ¡Ya veis qué breva! La Baronesa está de prisa... y yo mientras con las manos atadas.
- JAC. Hay para sentirlo.
- ROB. ¡Hay para desesperarse! (Pasando á la izquierda.)
- JAC. (Bajo á Leonardo.) Anda, mátrate para enriquecer á un animal como este.
- ROB. Y he venido á veros para que me aconsejéis sobre el particular. La Baronesa sostiene que puede suplirse el acta de defuncion, por medio de una declaracion de testigos.
- JAC. Es muy cierto.
- ROB. Ya tenemos uno... Este caballero; que declarará, que firmará...
- LEON. ¿Yo?
- JAC. ¿Él?
- ROB. Cómo hombre de honor, no podreis negaros...—La ver-

dad: no se os pide mas que la verdad. (*A Jacinto.*) Voy á ver á vuestro principal para que extienda el acta...— La Baronesa me ha ofrecido que se hallaria aqui antes de media hora. (*A Leonardo.*) Espero, caballero, que me hareis el honor de venir á comer mañana en mi hacienda de Longueville, adonde he citado á todos los amigos del difunto Leonardo.

LEON. (*Ap.*) ¡Eso solo me faltaba!

ROB. Conque... ¿no faltareis? Hasta despues. (*Váse por la segunda puerta de la derecha. Leonardo y Jacinto han quedado inmóviles, mirándose fijamente.*)

ESCENA XII.

LEONARDO y JACINTO.

JAC. ¿Y bien?

LEON. ¿Y bien?...

JAC. Lo dejas marchar... cuando para destruir sus ilusiones te bastaria decir una palabra.

LEON. Pero esa palabra... ¿cómo atreverme á pronunciarla ahora?

JAC. Echa al diablo la vergüenza y el respeto humano, cuando se trata de cuatro millones. Te confieso que al oír la noticia, y á pesar de mi filosofia, sentí una especie de cosquilleo... un gozo... un aturdimiento!...

LEON. ¡Pues y yo!—¡Ay! si hubiera podido prever las tribulaciones que iba á causarme mi muerte... No te hablaré de la Baronesa, á quien has oído hace poco... con quien debí haberme casado, y que tiene mis promesas escritas y terminantes.

JAC. Si; pero se me figura que ahora no te faltará pretexto...

LEON. Seguramente. Pero ella dirá, y la creará todo el mundo, que despues de haberla yo solicitado, cuando mi fortuna era inferior á la suya, la abandono ahora, porque me veo millonario. Dirá que soy un impostor, un infame, un farsantel..

JAC. No dirá nada... porque ya no te ama.

LEON. Su amor renacerá... como yo... con la herencia.

JAC. Pues bien: despues de todo, si tu conciencia te lo ordena... cástate con ella.

LEON. ¡Nunca!

- JAC. ¿Por qué?
- LEON. Porque despues de mi muerte... despues que he visto el mundo por un prisma diferente del que lo veia, mi corazon se ha prendado de otra mujer, digna de toda mi estimacion, de toda mi ternura.
- JAC. Es verdad: ya me lo habias dicho.—¡Enamorado y rico!... Eso es la felicidad en la tierra. Cásate cuanto antes... y ríete del mundo.—¿Qué te detiene?
- LEON. El temor de que cuando la que amo sepa la verdad... porque no habrá medio de ocultársela, pueda yo aparecer ridículo á sus ojos. Aun no estoy seguro de ser amado... y el ridículo mata el amor.
- JAC. ¡Quita allá! Las mujeres tienen naturalmente el corazon sensible, y un buen mozo, que ha querido matarse... las interesa y las conmueve.—Mira: precisamente, ahí tienes una que viene hácia nosotros: Luisita. ¿Quieres que la elijamos por juez? ¿Que hagamos con ella la experiencia?
- LEON. ¿Con ella? Sí.
- JAC. Voy á referirle la historia...
- LEON. Sin nombrarme.
- JAC. Por supuesto.—Héla aqui.

ESCENA XIII.

DICHOS, y LUISA, que sale por la derecha bordando un cañamazo que trae en la mano. Leonardo y Jacinto aparecen un poco embarazados.

- LUISA. ¡Ya veis qué aplicacion! (*Los mira.*) ¿Qué os sucede?
- LEON. Nada...
- JAC. Absolutamente nada...
- LUISA. Ambos pareceis turbados.
- JAC. Es que... acabamos de recibir de Paris una noticia...
- LEON. De un antiguo compañero de colegio...
- JAC. Que se halla en una posicion...
- LEON. ¡Extraordinaria! ¡Terrible!
- LUISA. ¿Está enfermo quizá? (*Con interés.*)
- JAC. (*Mirando á Leonardo.*) No: goza de muy buena salud.
- LEON. ¡Pero es tan desgraciado!..
- LUISA. (*A Leonardo.*) ¡Dios mio! ¿Ha perdido su padre?.. (*A Jacinto.*) ¿Su madre?..

- LEON. ¡No!
- LUISA. ¿Su fortuna?
- JAC. Es riquísimo.
- LUISA. ¿Pues entonces?..
- JAC. Si vos conocierais la aventura, estoy seguro que lo compadeceriais.
- LUISA. Contádmela, pues. Yo deliro por las historias. (*Se sienta y continúa bordando.*)
- JAC. Imaginaos que ese pobre jóven, de quien garantizo el talento, la moralidad...
- LEON. Dejemos eso aparte.
- JAC. Pues bien: ese pobre jóven huérfano, y disponiendo de un bonito patrimonio, fué á Paris... se lanzó ciego en el gran mundo, en medio de una sociedad opulenta, y dejó creer...
- LEON. Por vanidad, por orgullo...
- JAC. Que su fortuna era colosal. ¿Comprendeis?
- LUISA. Comprendo: vuestro amigo era un fátuo.
- LEON. (*Vivamente.*) ¿Cómo?
- LUISA. Por no decir algo mas.
- LEON. (*Id.*) Permitid... permitid...
- JAC. Es que habia una causa que lo movia á obrar asi.—Estaba enamorado.
- LEON. (*Vivamente.*) ¡Pero muy poco!.. ¡Muy poco!
- JAC. ¡Calla!.. Y no quieras disminuir las circunstancias atenuantes...—Estaba locamente enamorado de una señora de alto copete.
- LEON. En un principio... pero despues...
- JAC. En fin, no importa: el hecho es que arruinado mas tarde, y no escuchando sino á su desesperacion, decidido á poner término á su existencia... se precipitó en el Sena!
- LUISA. (*Se levanta de pronto.*) ¡Jesus! ¿Y ha muerto?
- JAC. No... Vive.
- LUISA. ¿No se ahogó?
- LEON. Sí, señora... si, señora...
- JAC. Lo pescaron en una red y volvió á la vida.
- LUISA. ¡Ah!.. (*Conteniendo la risa.*)
- JAC. Pero lo que le desespera es, que habiendo escrito á todo el mundo anunciando su muerte, no sabe cómo resucitar ahora... no se atreve á declarar que vive... tanto mas, cuanto que, por un capricho de la fortuna,

- nunca ha sido mas dichoso que desde que está difunto.
- LUISA. (*Riendo á carcajadas.*) ¡Já!.. ¡ah!.. ¡ah!..
- LEON. (*Ap.*) ¡Dios mio!.. ¡Se ríe!
- JAC. ¡Pero señorita!..
- LUISA. ¡Qué historia tan chistosa!.. ¡Já!.. ¡ah!.. ¡ah!.. Conque escribió á sus amigos... ¿Y lo pescaron en una red?... ¡Já!.. ¡já!.. ¡já!..
- LEON. (*Enfadado.*) ¡Es así como le compadeceis!
- JAC. ¡Reirse de ese modo!..
- LUISA. Perdonad... Pero pues que vuestro amigo no ha muerto.. ¡Jhál.. ¡ah!.. ¡ah!..
- LEON. ¡Oh!.. ¡Ahora concibo que se quiera dejar de vivir, pues que no encuentra uno á su alrededor sino corazones duros é insensibles!..
- LUISA. (*Dejando de reir y revistiéndose de dignidad.*) Deteneos, caballero. Me juzgais muy mal acusándome de insensible. (*Poniéndose la mano sobre el corazón.*) Hay aquí, creedlo, simpatía y compasión por los verdaderos infortunios: pero enternecerme por la suerte de un hombre que con juventud, amigos, salud y fortuna no sabe ser dichoso... (*Con ironía.*) y aspira á la tumba, porque no es millonario: tenerle lástima, gemir sus males, porque le parece mas cómodo dormir que trabajar.... ¡No! No poseo, lo declaro, tal repuesto de sensibilidad que vaya á prodigarla de esa suerte; y la que hay en mi corazón la reservo para los que viven, sufren y combaten.
- LEON. ¡Hay momentos, hay circunstancias en que la muerte es preferible á la humillación, á la deshonra! Es un deber, que las mujeres no pueden comprender, pero que nosotros, hombres, debemos sentir.
- LUISA. (*Con cierta emoción.*) Os equivocais. Nadie puede disponer de una vida que pertenece á los otros; á la familia, á la patria: y yo no comprenderé nunca, que cuando hay aquí peligros y honores para todos, vuestro amigo haya ido á buscar, en la red de un pescador, la muerte que hubiera podido encontrar gloriosamente en las filas de nuestros soldados. (*Saluda y vaise por la derecha.*)

ESCENA XIV.

JACINTO y LEONARDO.

- LEON. (*Evasperado y pasando á la derecha.*) ¡Ah!... ¡No podré sobrevivir á este último golpe! ¡Lo habia previsto! ¡Hé ahí la suerte que me espera!
- JAC. Estás en un error.
- LEON. Todo el mundo me señalará con el dedo... Seré la mofa, el hazme reir de las gentes.
- JAC. Vamos... cálmate, y no te exaltes de esa suerte.
- LEON. ¡Perdido el honor... puesto en ridículo, qué mujer podrá amarme!
- JAC. ¡Todas! Cuando se tiene esto... (*Dinero.*)
- LEON. (*Cruzándose de brazos delante de Jacinto.*) ¿Pero no acabas de presenciar una escena que debe servirnos de prueba? ¿No has oido las risas insultantes de esa joven, cuando mas entusiasmados estabamos refiriéndole mi catástrofe?
- JAC. Eso no prueba nada. La señorita Luisa tiene un juicio muy recto... tal vez demasiado severo: es una excepcion; y de seguro, la que tú amas no pensará como ella.
- LEON. Pensará exactamente lo mismo.
- JAC. En ese caso, te vales de tus atenciones, de tu ternura, para que te perdone tu muerte... ¡Qué diablos! será una conquista que necesitarás hacer... y la harás, no te quede duda.
- LEON. (*Vivamente.*) ¿Te se figura á tí?...
- JAC. Estoy seguro de ello.—¡Silencio! Mi principal y el señor Roberto.
- LEON. ¿Todavía aqui ese importuno?

ESCENA XV.

DICHOS, FONVIEL, ROBERTO.

- ROB. (*Dentro.*) Os esperaremos: pero no tardeis. (*Sale con Fonviel.*)
- JAC. ¿Qué ocurre?
- ROB. Nada: la Baronesa, que está en ese gabinete redactan-

- tando una promesa de venta entre ella y yo...
- JAC. ¡Hola!
- ROB. Desea que á esa promesa vaya unido el documento que el señor Fonviel acaba de extender.
- FONV. Y que está en toda regla.
- ROB. El acta que constata la muerte de Leonardo Duclós. (A Leonardo.) Acta que me habeis ofrecido firmar.
- FONV. Como testigo del hecho, vuestra firma es indispensable.
- LEON. ¿Mi firma?...
- FONV. Si.
- LEON. (Procurando dominarse.) Es posible... Pero yo no la daré.
- ROB. ¿Y por qué, caballero?
- LEON. Porque.... porq.... No tengo explicaciones que dar.... No firmaré, porque no quiero.
- FONV. Se os obligará á ello.
- ROB. (Con calor.) Se os obligará á ello.
- LEON. ¿A mí?
- FONV. A vos.
- ROB. (Apoyando.) ¡A vos!
- LEON. ¿Cómo?
- FONV. Con la ley en la mano. (Busca un libro y se pone á hojearlo.)
- ROB. Vamos... vamos... un poco de calma. (Bajo á Jacinto.) La Baronesa habia previsto este caso. La mano ligera... y firmará.
- JAC. No firmará.
- ROB. Ahora lo vereis. (Dirigiéndose en alta voz á Leonardo, que se ha sentado en el extremo derecha.) Caballero: me dirijo á vuestros sentimientos. Conozco vuestra nobleza y vuestro desinterés. Libreme Dios de proponeros cosa alguna... Pero me han dicho que profesais un cariño sin igual á vuestro amigo Jacinto.
- LEON. Ahora mas que nunca.
- ROB. Perfectamente. Creo que no tardaremos en entendernos. El señor Fonviel, hablando hace poco con la Baronesa del establecimiento de su hija, le ha dicho que era amada, y que estaba pedida en matrimonio por vuestro amigo.
- LEON. ¡Eh! (A Jacinto, levantándose de pronto.) ¿Es eso cierto?
- JAC. Y bien... si. No creo poder hacer mejor eleccion. Pero

por desgracia, mi voluntad no es lo único que se necesita.

ROB. El señor Fonviel añadía, que Jacinto era amado de su hija.

JAC. *(Fuera de sí.)* ¡Es posible!

LEON. ¿Estais seguro?... *(Con ansiedad.)*

FONV. Ella misma me lo ha confesado esta mañana.

JAC. ¡Qué felicidad!

FONV. Si, pero no te alegres tanto; porque no autorizaré ese enlace hasta que puedas comprarme el estudio.

ROB. *(Voz de equitacion.)* ¡Stop!... No vayamos mas lejos. Hago un llamamiento á la amistad; *(A Leonardo.)* y si consentis en atestiguar la verdad... es decir, en firmar la declaracion que necesito para entrar en posesion de la herencia, la Baronesa y yo prestaremos cien mil francos al señor Jacinto, para que se case con la señorita Luisa.

LEON. Caballero....

ROB. *(A Leonardo.)* Y á vos un regalo de diez mil francos en acciones.

LEON. ¡A mí!...

ROB. Veinte... y firmamos. *(Leonardo algo exaltado, vá hácia el fondo.)* ¿Qué respondeis?

LEON. *(Bajando.)* Respondo... que no necesito de vuestros ofrecimientos, ni Jacinto tampoco; y que yo regalo doscientos mil francos á mi amigo, para que compre el estudio... y para que se case con la que ama.

JAC. *(Gozoso, yendo á Leonardo.)* ¿Qué dices?

FONV. } ¡He entendido mal!

ROB. } ¡Es posible!

LEON. Jacinto sabe que lo es. *(Bajo á Jacinto.)* ¡Silencio!.. A nadie digas quién soy... ó no me vuelves á ver.

JAC. Si, amigo mio... si... Pero...

LEON. ¡Calla! *(Luisa sale en este momento por a primera puerta de la derecha, y se detiene sorprendida al ver la emocion que se nota en todos los semblantes. Leonardo se acerca á ella; la saluda fria, pero respetuosamente, y váse por la misma primera puerta.)*

ESCENA XVI.

JACINTO, FONVIEL, ROBERTO y LUISA.

- LUISA. ¿Qué es esto, papá? ¿Qué hay?
- FONV. ¡Hay... que mi estudio, tranquilo y sosegado hasta ahora... se convierte en una jaula de locos! De una parte, este caballero, que es rico, ofrece prestar cien mil francos á Jacinto.
- LUISA. ¿Si?
- FONV. De otra parte, el señor Bertran, que es mas rico, á lo que parece, regala doscientos mil al mismo Jacinto, para que compre mi estudio y se case contigo.
- LUISA. *(Con emoci3n.)* ¡Conmigo!
- FONV. Como lo oyes.
- LUISA. ¡Cómo! ¿El señor Bertran?.. ¿Nuestro huesped?..
- FONV. ¡Justo! ¡Concibes una generosidad mayor? Doscientos mil francos... que yo acepto.
- LUISA. Y que yo rehuso.
- FONV. { Eh!
- ROB. {
- ROB. ¡Un nuevo obstáculo! ¡Una nueva barrera!
- LUISA. Si, papá: y el señor Jacinto, á quien estimo, á quien... amo, hará de seguro como yo.
- FONV. ¿Y por qué?
- LUISA. ¿Por qué? Porque ni á su delicadeza ni á la mia conviene aceptar el don de un extraño, de un hombre cuya posicion es desconocida.
- JAC. *(Vivamente.)* Pero yo la conozco.
- LOS TRES. ¿La conoceis?
- FONV. Pues entonces, di cual es.
- LUISA. { Hablad.
- ROB. {
- JAC. ¡Imposible! Me está prohibido.
- LUISA. Hablad... ó rehuso para siempre...
- FONV. Y yo tambien.

ESCENA XVII.

DICHOS, y la BARONESA, saliendo por la segunda puerta de la derecha.

- BAR. ¡Qué ruido! ¡Dios mío! No hay medio de escribir.
 ROB. (*Yendo á ella.*) ¡Ah! ¿Sois vos?
 BAR. ¿Qué pasa? Que todos gritais á la vez.
 FONV. Figuraos...
 ROB. No; dejadme á mí primero.
 JAC. Permitid que yo os explique...
 BAR. Si lo sé... si lo sé todo. (*Señalando á Jacinto.*) El señor le compra (*Señalando á Fonviel.*) al señor, su estudio... (*Señalando á Roberto.*) y el señor lo paga.
 ROB. ¡Jup!
 BAR. ¿Cómo?..
 ROB. Que ya no compro nada.
 FONV. Que todo se ha cambiado.
 JAC. Que me quedo soltero.
 BAR. ¿Por qué?
 ROB. Porque ese señor Bertran no quiere firmar la declaración que necesitamos...
 BAR. Os habreis manejado torpemente.
 ROB. ¡Al contrario!..
 BAR. ¿Dónde está ese jóven?
 FONV. Acaba de salir.
 BAR. (*A Fonviel.*) Seguidme... y ahora sí que necesitais de toda vuestra cabeza.
 FONV. ¿Mi cabeza?... Vente, Jacinto.
 BAR. En marcha. Yo me encargo de verle, de hablarle... y de arreglarlo todo.
 JAC. (*Ap.*) ¡Si; bonito auxiliar!
 BAR. Vamos
 (*La Baronesa se dirige hácia la primera puerta de la derecha. Los tres hombres cogen sus sombreros, los equivocan, y hay entre ellos cambios y confusion. Luisa se sienta abatida junto á la mesa de la izquierda. Todo esto pasa mientras baja el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ESCENA XVII.

ACTO TERCERO.

La acción es en Rouen, en el castillo de Longueville. El teatro representa un salón elegantemente decorado. Tres puertas al fondo, que dan al parque: las dos de los extremos con vidrieras. Puertas laterales: la de la derecha, con vista igualmente al parque; la de la izquierda es la entrada á la biblioteca. Mesas, sofás, cuadros, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

JACINTO, solo, entrando por la puerta de la derecha, con varios papeles y un lápiz ó tintero de bolsillo en la mano.

JAC. *(Leyendo en sus papeles.)* Gabinete del señor Longueville; despacho, biblioteca... Aquí es. Examinemos. «Reloj de sobremesa, candelabros, floreros del Japon....» *(A cada objeto que nombra figura que pone una señal en el margen.)* Uno, dos, tres... *(Se sienta á escribir.)*

ESCENA II.

JACINTO y LEONARDO, que aparece por la puerta de la derecha.

LEON. ¡Jacinto! *(Llamándole con precaución.)*

JAC. ¡Ah! ¿Eres tú?

LEON. ¿Estás solo?

- JAC. Si: solo, en estas habitaciones de tu castillo de Longueville, adonde vienes sin duda para asistir á la comida que da tu concurrente.
- LEON. ¡Eh, no! Vengo en busca tuya.
- JAC. Pues, hombre, entra... Sin cumplimientos; como si estuvieras en tu casa. Recibe mi enhorabuena. ¡Magnífica propiedad! ¡Muebles lujosos!...
- LEON. ¿Qué diablos haces ahí?
- JAC. Mi deber. Confrontar y regularizar el inventario... visto que tú no has tenido por conveniente resucitar aun. Hace tres horas que me ocupo de lo mismo, por órden de mi principal. Inventariar los bienes del difunto Leonardo Duclós, muerto á la flor de su edad... (*Se levanta.*)
- LEON. Ahora no se trata de eso.
- JAC. Al contrario: no se trata de otra cosa.
- LEON. Un nuevo peligro me amenaza. Tu segundo pasante acaba de decirme que Roberto y la Baronesa estan en mi seguimiento, y que quieren verme á toda costa; esto es, que quieren ver al señor Bertran.
- JAC. Ya yo lo sabia.
- LEON. ¿Y qué pretenden de mí?
- JAC. La hacienda de Longueville, de cualquiera manera y á todo precio.
- LEON. ¿Y no podria yo vender esa hacienda á la Baronesa sin necesidad de presentarme, de aparecer... de resucitar, en fin?
- JAC. No: no puedes heredar, ni disponer de cosa alguna, sin decir: «Yo soy Oreste... ó Agamenon.»
- LEON. En ese caso, los doscientos mil francos que te he ofrecido, y que debian asegurar tu dicha?...
- JAC. (*Interrumpiéndolo.*) Consérvame tu amistad y guarda tu dinero. Hasta ahora he vivido sin él; continuaré lo mismo. Mas aun, y para que te consueles: sabe que me seria de todo punto inútil.
- LEON. ¿Cómo?
- JAC. La fortuna y yo no estamos aun acostumbrados el uno al otro: acabaremos probablemente por entendernos; pero siempre nos costará algun trabajo.—Hé aqui lo que ocurre con respecto á tus doscientos mil francos: la hija no me quiere si los acepto, y el padre no me quiere si los rehuso: ya ves si esto es difícil de arreglar.

- LEON. Explicáte.
- JAC. El señor Fonviel, que tiene buen sentido, quiere la fortuna: Luisa, que posee otras cualidades, no quiere aceptar nada de un extraño.
- LEON. ¿Pero ella, sin embargo, te ama?
- JAC. ¡Furiosamente!
- LEON. ¿Y se lo ha declarado á su padre?
- JAC. Furiosament... digo, no, terminantemente; y hasta hemos tenido sobre este asunto una explicacion, en la cual me ha mostrado tanta estimacion... tanto afecto, tanta amistad, que he visto claro como el dia... que no me quiere para marido.
- LEON. ¡Eh!
- JAC. Lo que oyes.
- LEON. ¡Ay, pobre Jacinto! ¡Es un golpe terrible!...
- JAC. No; yo te diré... Eso depende... Tú ya conoces mis principios y sabes que no me mataré por tan poco. El amor casero es un lujo, y yo estoy acostumbrado á dispensarme de esa clase de artículos.—Pero no es eso todo.
- LEON. ¿Cómo?
- JAC. En la conversacion que hemos tenido á solas, he creido entrever que esa jóven, como todas las de su edad, aun las mas razonables, tiene archivada una novela en la biblioteca de su corazon.
- LEON. ¿Estás seguro?...
- JAC. Completamente. (*Con cierto misterio.*) Un sentimiento... tierno... ¡muy tierno!... por algun galan... á quien ninguno de nosotros conoce.
- LEON. ¡Eso es inconcebible... indigno!...
- JAC. ¿El qué?
- LEON. ¿A quién fiarse ya en adelante, si aquella de quien admiramos la pureza, el candor, nos engaña asi, con esa apariencia de virtud y de frialdad?
- JAC. ¡Chico... chico!... ¡Qué calor! ¡Qué exaltacion, cuando yo, que soy la víctima, estoy tranquilo y resignado!
- LEON. No, amigo mio... pero es que...
- JAC. No te desesperes ahora y vayas á matarte por mi cuenta. Ó mas bien... ese amor que habia reemplazado al de la Baronesa... esa jóven sencilla y virtuosa, de quien te habias prendado... con quien deseabas casarte...
- LEON. ¿Qué quieres decir?

- JAC. ¡Te turbas!... ¡Ah, Leonardo! ¡Secretos para mí, para tu antiguo amigo! Eso es mal hecho. Tú amas á Luisa.
- LEON. ¡Yo! ¡Qué disparate!
- JAC. Tú la amas; y si hace un momento podía quedarme alguna duda, lo que es ahora estoy seguro de ello.
- LEON. ¡Pues bien, si... la amo... la amo como un insensato!
- JAC. ¡Y renunciabas á ella por mí! ¡Y aumentabas tu generosidad regalándome doscientos mil francos! ¡Oh! ese rasgo no tiene precio. (*Dándole la mano.*) Dame tu mano, Leonardo. Empiezas á comprender la fortuna: puedes entrar en posesion de la tuya.
- LEON. ¿Y para qué? Para ser ambos igualmente desgraciados, pues que el uno y el otro debemos renunciar á la mujer que habíamos soñado.
- JAC. Ya es algo para dos amigos eso de sufrir y consolarse juntos. Además, otras mujeres hay en el mundo: espéremos. Tú tienes la mala costumbre de empezar siempre por desesperarte: y si he de decir lo que pienso, se me figura que esta vez eres mas injusto que nunca.
- LEON. ¿Cómo?
- JAC. Hasta donde es posible leer en el corazon de una jóven... creo adivinar ahora que el desconocido á quien ella prefiere, es un cierto caballero llamado Bertran...
- LEON. (*Abrazándolo de pronto.*) ¡Ay!... ¡Jacinto de mi alma!... (*Volviendo á su melancolia.*) Pero no: á quien ella ama es á Bertran, tú lo has dicho, no á Leonardo Duclós. Cuando sepa la verdad, cuando vea en mí á aquel que ha sido para ella un objeto de burla, entonces... ¡Ah!... nada resiste al ridiculo, al desprecio... y no me resta mas que un partido que tomar.
- JAC. ¡Y dále! ¡Qué monomania! Valia mas que te hubiera dado por mascar piedra. Te pareces á la Baronesa, con su idea fija...
- LEON. ¡La Baronesa! ¡Otro golpe de teatro! La Baronesa, cuyas pretensiones van á escandalizar al honrado notario y á su hija. ¡Oh! no es vivir, vivir de esta manera. Pero qué veo! (*La Baronesa ha aparecido pocos momentos antes en el fondo del parque: la vé Leonardo y váse precipitadamente por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

JACINTO solo.

¡Eh! ¡Chico! ¡Escucha! ¡Y es que será capaz de matarse otra vez! (*Va á seguirlo, pero ve á la Baronesa y se detiene.*) ¡Ah! Respiro. Se ha retirado á la vista del enemigo. Protejamos la retirada. (*Echa la llave á la puerta por donde ha entrado Leonardo.*)

ESCENA IV.

JACINTO y la BARONESA.

- BAR. ¡Ah! ¿Sois vos, señor Jacinto? Me alegro mucho de encontraros.
- JAC. (*Ap.*) No diremos nosotros otro tanto.
- BAR. He aprovechado el retardo que sufre la terminacion de nuestro negocio, para examinar por mí misma esta propiedad, y debo decir que me ha parecido muy mediana... ¡muy mediana!
- JAC. La señora Baronesa tiene, á lo que veo, mas deseos que nunca de comprarla.
- BAR. ¿Yo?
- JAC. Hablais tan mal de ella, que vos misma aumentais asi su valor.
- BAR. ¿Sois un hombre de genio, señor Jacinto!
- JAC. Chispa... un poco de chispa, nada mas.
- BAR. ¿Y si yo me hubiera propuesto hacer vuestra fortuna... por vos mismo primero y en memoria ademas de nuestro pobre Leonardo?
- JAC. (*Ap.*) ¡Malo! ¡La Baronesa se lanza al sentimentalismo!
- BAR. (*Suspirando.*) ¡Ay! ¡Qué negocio ha perdido!
- JAC. ¿Qué decis?
- BAR. Digo, que si existiera... el negocio no podia ser mejor, ni mas seguro.
- JAC. (*Ap.*) Leonardo tenia razon: el verdadero peligro es este.
- BAR. (*Enjugando sus ojos.*) Pero en fin, una vez que está muerto...
- JAC. (*Ap.*) Sí; que lo entierren.
- BAR. (*Continuando.*) Lo principal es buscar algun medio...

El señor Roberto, el nuevo propietario, aumenta á cada instante sus pretensiones.

JAC. ¡No es posible!

BAR. Como lo ois. Sospecha que hay de por medio algun motivo... que yo me guardaré de decirle, por de contado; pero que confiaré á vuestra inteligencia, á vuestra discrecion.

JAC. (Ap.) Esta necesita de mí.

BAR. (Con misterio.) ¡Se trata de una empresa inmensa, colossal!

JAC. ¡Diablo! ¡Diablo!

BAR. (Con coqueteria.) Y he destinado veinte acciones para vos.

JAC. ¿Para mí? Por supuesto, en papel: ahí todo será papel.

BAR. ¡Veinte acciones gratis!..

JAC. Si; eso era de cajon; porque de otro modo...

BAR. Con la condicion de que el señor Jacinto sea nuestro aliado... y que nos ayude en la empresa.

JAC. ¡Yo! ¿Y cómo?

BAR. Obteniendo del señor Bertran, vuestro amigo, que firme la declaracion que se le pide.

JAC. Pues no lo entiendo. ¿Para entregársela al otro heredero?

BAR. No: para entregármela á mí, á mí sola.

JAC. Comprendo... Pero por desgracia mi amigo no la firmará.

BAR. ¿Por qué?

JAC. Por de pronto, porque parece que no le da la gana; y luego, porque hay razones particulares de mucho peso...

BAR. Cualesquiera que sean, yo sabré destruirlas.

JAC. Si... Pero es el caso que como no sabemos donde se halla...

BAR. Aquí.

JAC. (Ap.) ¡Me aplaó!

BAR. El portero lo ha visto entrar...

JAC. (Ap.) ¡No se hubiera quedado ciego!

BAR. Y un criado me ha dicho que lo hallaria en la sala de la biblioteca. (Dirigiéndose á la izquierda.)

JAC. (Ap.) ¡No se hubiera quedado mudo!

BAR. ¿Es aquí, sin duda? (Llegando á la puerta izquierda.)

JAC. (Ap.) ¡Está perdido si no logro detenerla! (Alto y yendo á ella.) Una palabra... una palabra, señora Baronesa.

- BAR. *(Deteniéndose.)* ¿Eh?
- JAC. *(Ap.)* ¡No sé qué decir!a!
- BAR. ¿Qué me queréis?
- JAC. *(Ap.)* Veámos. *(Alto.)* Se me figura... salvo por supuesto vuestra opinión... que deberíais escoger otro camino.
- BAR. *(Ap.)* La idea no es mala. Adelante.
- JAC. ¿Otro camino? *(Baja lentamente al lado de Jacinto.)*
- JAC. Yo no tengo vuestro talento; pero se me figura, repito, que el señor Roberto no quiere vender á ningun precio.
- BAR. ¿Creeis?..
- JAC. Ni por oro, ni por plata.
- BAR. ¿Por papel? *(Con ansiedad y alegría.)*
- JAC. *(Friamente.)* No: por pergaminos. Ese jóven tiene ambicion... y como despues de todo no es mal parecido...
- BAR. Explicaos.
- JAC. Tiene miras que no son católicas... y que son sin embargo muy católicas.
- BAR. Me estais impacientando.
- JAC. Y si embargo, es imposible que hayais dejado de notar...
- BAR. ¿Yo?
- JAC. En una palabra, ese jóven aspira á vuestra mano.
- BAR. ¡Él!.. Aspira á... *(Riendo á carcajadas.)* ¡Já!.. ¡já!.. ¡já!.. ¿Estais en vuestro juicio? ¡Já!.. ¡já!.. ¡já!.. *(Se sienta á la mesa de la izquierda.)*
- JAC. Os aseguro que tal es mi conviccion.
- BAR. ¿Y creeis que yo?.. *(Con dignidad.)*
- JAC. ¡Vos! ¡Pensar vos en semejante hombre! ¡Quitad allá! Pero las personas de una inteligencia superior miran las cosas de muy alto, y no las consideran sino por los resultados. ¿De qué se trata despues de todo? De una vasta empresa, gloriosa, nacional, que es preciso llevar á buen fin. Quien quiere el fin, quiere los medios. Esa hacienda de Longueville, que debe costar millones... no costaria nada, al contrario. Y ahora bien, ¿quién diablo podria ver en eso un matrimonio? ¿Es eso un matrimonio?
- BAR. *(Levantándose de pronto como inspirada.)* No: es un negocio.
- JAC. *(Vivamente y apoyando.)* ¡Un negocio!..
- BAR. Desagradable... pero lo es. *(Baja decidida y calculando al proscenio.)*

ESCENA V.

JACINTO, la BARONESA y ROBERTO.

- ROB. (*Entrando muy deprisa por el fondo.*) ¡Oh! gioja! ¡Oh! gioja!... (*A la Baronesa.*) Vengo en vuestro seguimiento... os buscaba con ansiedad.
- JAC. (*Bajo á la Baronesa.*) ¿Qué os decia yo?
- ROB. ¡He rentado mis caballos!... ¡Un par de caballos de diez mil francos!...
- JAC. (*Bajo á la Baronesa.*) Prueba de amor.
- ROB. Pero imposible de daros alcance. ¡Vos galopábais.... galopábais!...
- JAC. (*Ap.*) ¡Y no hay quien lo trabé!
- BAR. Pero en fin, ¿qué es ello?
- ROB. ¡Una nueva importante, felicísima!.. que comunicaros, á vos, y á los amigos que deben llegar muy luego. Venid: no perdais un momento.
- BAR. Esperad: es preciso que vea antes al señor Bertran, que está ahí.
- ROB. Ya no le necesitamos para nada. ¡Tengo pruebas!
- BAR. (*Con alegría.*) ¡Es posible!
- JAC. ¿Pruebas de la muerte?...
- ROB. Positivas, indudables. ¡Todo me pertenece!
- BAR. ¿Estais seguro?...
- ROB. ¡Segurísimo! Podemos convenir y terminar las condiciones.
- BAR. Un momento. (*Saca un librito de memorias y escribe una nota.*)
- JAC. (*Bajo á Roberto.*) Ya no quiere comprar.
- ROB. ¿Cómo?
- JAC. (*Idem.*) Vuestras condiciones le parecen exageradas; y si no sois con ella amable y galante... el negocio se lo lleva el diablo; os lo prevengo.
- ROB. (*Bajo á Jacinto.*) ¡Cáspita! ¿Conque decis.... amabilidad y galanteria? Pues si ese es mi fuerte, hombre; si ese es mi fuerte. (*Alto, poniéndose los guantes.*) Estoy á vuestras órdenes, señora Baronesa.
- BAR. He concluido.
- JAC. (*Bajo á Roberto.*) Y un poco de pasion... de fuego...
- ROB. (*Bajo á Jacinto.*) ¡Pues si yo echo llamas, hombre; si

- yo echo llamas!... (*Alto, ofreciéndole el brazo á la Baronesa.*) Os dignareis aceptar...
 BAR. (*Indecisa.*) Caballero....
 ROB. (*Ap.*) ¡Me teme! ¡Cuando he dicho que soy lo mas seductor!... (*Alto.*) No me refuseis ese favor: estamos en mi casa y me corresponde de derecho. Mientras hablamos, os enseñaré el parque, la quinta y sus dependencias. Hay cuadras magníficas.
 JAC. (*Ap.*) ¡Bárbaro!...
 BAR. Doy el parabien á los que las habitan.
 ROB. No; pero no es ahí adonde os llevaré primero.
 BAR. ¡Qué amable sois!
 ROB. (*Dándole el brazo.*) Os conduciré al jardin... entre las flores... entre las rosas. Ese es vuestro reino.
 BAR. (*Sonriendo.*) Sois ademas muy galante, señor Roberto. (*Van hácia el fondo.*)
 JAC. ¡Oh, lo mas caballeresco!...
 ROB. ¡Conque encontráis cara la propiedad!
 BAR. Ahora mas que nunca.
 ROB. No digais, por Dios, semejante cosa. Seria yo capaz, por dejaros contenta... (*Vánse por el fondo continuando la conversacion.*)

ESCENA VI.

JACINTO, solo, siguiéndolos con la vista.

¡Ajaaa! Ya han empezado los fuegos. ¿Quién sabe? todo es posible, gracias al amor... á los negocios. Mi idea ha sido buena. Ellos son capaces de tomarla por lo serio... y puede salvar á Leonardo del principal peligro. —Volvámosle ahora la libertad. (*Abre la puerta de la izquierda y llama.*) Leonardo... Leonardo... El enemigo se aleja. ¿Eh? ¡No responde! (*Mirando al interior.*) No veo á nadie en la habitacion... ¡y la ventana está abierta! (*Bajando al proscenio.*) Si por acaso, temiendo un encuentro con la Baronesa, se hubiera arriesgado!.. (*Vá hácia el fondo y se detiene.*) ¡El señor Fonviel y su hija! (*Volviendo á la puerta de la izquierda.*) Partir, sin haberme dicho nada, sin... Pero no... Sobre aquella mesa... un papel... una carta... ¡Oh! veamos. (*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA VII.

FONVIEL y LUISA, *salen por la puerta de la derecha, al mismo tiempo que desaparece Jacinto.*

FONV. Tú dirás lo que quieras: pero no había medio de rehusar.

LUISA. Vos, convenido: pero yo...

FONV. Al invitar al padre, el señor Roberto no podía menos de invitar también á la hija, y nosotros debimos aceptar. Reflexiona que es en la actualidad el mejor cliente de mi estudio. Esta posesion es nuestra... quiero decir, estamos encargados de su venta, y nos ocupamos en formalizar los inventarios. Justamente, aqui tienes á Jacinto...

ESCENA VIII.

DICHOS y JACINTO, *que sale por la izquierda pálido y turbado: se apoya en la mesa que hay junto á la puerta.*

FONV. (*Yendo á Jacinto.*) Y Bien, ¿está todo terminado?

LUISA. (*Id. con interés.*) ¿Pero qué hay? ¿De qué se trata?

FONV. Del inventario.

LUISA. (*A Jacinto.*) ¿V es eso lo que os pone tan alterado?

FONV. Claro, cuando toda la mañana se está en la misma faena...

JAC. Si, el trabajo... el calor...

FONV. Y luego, el interés... En un inventario se anima uno á pesar suyo. Yo me acuerdo que cuando los hacia casi siempre llegaba á entusiasmarme.—¿ En qué estás ahora?

JAC. Lo he concluido. (*Coge el cuaderno que dejó antes sobre la mesa.*)

FONV. ¡Bravo!

JAC. Aqui lo teneis. (*Se lo dá.*)

FONV. Dame. Mientras que nos sirven la comida voy á leerlo á la sombra de los árboles del parque. (*Empieza á hojearlo.*) ¿Me acompañas, Luisa? (*Yendo hácia el fondo.*)

LUISA. Si, papá; os sigo.

JAC. (*Bajo á Luisa.*) Quedaos, por favor. Tengo que habla-

ros. (*Se sienta á la derecha, y apoya la frente entre sus manos.*)

- LUISA. (*Ap.*) ¡Dios mio!
 FONV. (*Continúa andando hácia el fondo, leyendo el inventario*)
 Sala de recepcion... muebles de caoba... cuatro canapes grandes cubiertos de tela de damasco... seis candelabros... (*Desaparece.*)

ESCENA IX.

JACINTO y LUISA.

- LUISA. (*Despues de asegurarse que su padre se aleja, baja al lado de Jacinto.*) Y bien, señor Jacinto; ¿qué tenéis que decirme?
 JAC. (*Levantándose y con agitacion.*) Que mi amigo Bertran... es Leonardo Duclós.
 LUISA. ¡Leonardo!
 JAC. Que Leonardo Duclós es el jóven que atentó contra su vida, y cuya trágica historia excitó vuestra hilaridad.
 LUISA. ¡Ah! ¿Qué decis?
 JAC. Y desesperado, porque os ama con frenesí; y en la persuasion en que le he visto de que no sería para vos en adelante sino un objeto de mofa y de desprecio... qué sé yo... pero me temo...
 LUISA. (*Con pavor.*) ¡Acabad!
 JAC. No... mis sospechas son absurdas... es imposible... despues de lo que ya ha sucedido... no, no puedo creerlo. (*Enseñándole una carta.*) Y sin embargo, esta carta, que me recomienda no entregar hasta mañana... ¡esta carta!...
 LUISA. ¡Ah!... ¡No hay duda!... Corred, corred... (*Leonardo aparece en el fondo.*) ¡Él!
 JAC. ¡Él! (*Yendo á Leonardo, y cruzándose de brazos.*) ¿Has jurado matarme á pesadumbres, condenado?

ESCENA X.

JACINTO, LUISA y LEONARDO.

- LEON. (*Sin ver á Luisa.*) No podia hablarte estando aqui la Baronesa, ni resistir al impulso de una determinacion

- invariable. (*Vé á Luisa.*) ¡Cielos! ¡Esta señorita?.. (*Se inclina para saludarla y dice ap.*) ¡Qué pálida está!
- LUISA. (*Esforzándose por parecer tranquila.*) Lo sé todo, caballero.
- LEON. (*Bajo á Jacinto.*) ¿Le has entregado mi carta?
- JAC. (*Mostrándosela.*) Todavía no.
- LEON. (*Ap.*) ¿Entonces?...
- LUISA. (*Dirigiéndose á Leonardo, y con emocion.*) Vuestra primera falta, caballero, cometida en un momento de fiebre... ó mas bien de delirio, podría, despues de reflexionarse bien, merecer alguna piedad, acaso interés... quién sabe si perdon.
- LEON. ¿Qué oigo!
- LUISA. Pero cuando en vez de sacar de una accion semejante saludables lecciones y un arrepentimiento sincero, cuando en vez de dar gracias á Dios que nos ha salvado para hacernos mejores, nos atrevemos á ofenderle de nuevo, somos unos ingratos, y no tenemos ninguna excusa que ofrecer, ni perdon alguno que esperar.
- LEON. ¿Qué decis?
- LUISA. Digo que no sé fingir y que quiero deciros la verdad. Sea pesar ó remordimiento por mi ligereza, sea compasion por vuestro infortunio, me sentia dispuesta á olvidarlo todo, á compadeceros... puede ser que á mas...
- LEON. Señorita! (*Con gozo.*)
- LUISA. (*Indicando á Jacinto.*) Ignoro los sentimientos que vuestro amigo conserva todavia por vos;—pero aquel á quien nada lo retiene en el mundo, ni siquiera la idea del dolor que causaria su muerte, el que con esa sangre fria abandonó asi á sus amigos, no es digno de tenerlos. (*Movimiento de Leonardo.*) Y ahora, caballero, quedaos ó partid; obrad como querais; sois dueño de hacerlo.
- LEON. ¡Oh!... Pues que eso es asi... (*A Jacinto.*) Mi carta... mi carta... (*La coge de manos de Jacinto, y se la presenta á Luisa.*) Leed.
- LUISA. ¿Era para mí?
- LEON. Si... Leed.
- LUISA. Caballero... (*Sin atreverse á cogerla.*)
- JAC. ¿No os atreveis? Pues yo si. (*Abre la carta y lee.*) «Señorita, yo os amo,» ¡Buen principio! ¡Y parecia tan cor-

to de genio! (*Continuando.*) «Yo os amo, no tengo mas que un medio de rehabilitarme á vuestros ojos, el que vos me habeis indicado: mañana partiré... y me haré soldado. (*Yendo á Leonardo con los brazos abiertos.*) ¡Ay!... ¡amigo mió!...

LEON. Continúa.

JAC. ¡Tú! ¡vestido con una coraza!... (*Gesto de Leonardo para que continúe.*) Allá voy. (*Continuando.*) «Concededme el tiempo necesario para hacer olvidar mi ridículo extravío, para volver digno de vos; y si no vuelvo, aceptad vos y Jacinto toda mi fortuna.» ¡Oh! ¡amistad sin ejemplo! ¡Oh!... (*Transición. A Luisa.*) Estais desarmada. Se me figura que ahora creereis positivamente en su cura?

LUISA. No.

LEON. { ¡Cómo!

JAC. {

LUISA. No me dejo yo persuadir tan fácilmente.

JAC. Pero...

LEON. ¿Qué testimonio, qué prueba me exigis?

LUISA. ¿Qué prueba? Voy á decíroslo.—¡Silencio! Viene gente.

ESCENA XI.

DICHOS, ROBERTO y FONVIEL.

FONV. (*A Roberto que le sigue.*) Venid... Es obra de pocos momentos.

JAC. (*Yendo á Fonviel.*) ¿Ocurre alguna novedad?

FONV. No, entraremos aqui en la biblioteca. (*Mostrando los papeles que trae en la mano.*) Ordenar estos documentos, y extender un escrito que concilia todos los intereses...

JAC. ¿Se sigue tratando siempre de lo mismo?

ROB. Si, pero bajo otra forma. He conducido el negocio á toda brida... ¡Con una habilidad!... ¡Digo! Y ahora que estamos tranquilos con respecto á Leonardo Duclós.

LEON. ¡Ah! ¿Creeis?...

ROB. Ya no necesitamos de vuestra declaracion. Se ha encontrado su cuerpo...

LEON. {

JAC. { ¡Eh! (*Con estupefaccion.*)

LUISA. {

FONV. (*Que se halla colocado detrás de los tres anteriores perso-*

- najes.) Aquí está... (Mostrando los papeles.)
- LEON. {
 JAC. { ¡Eh! (Volviéndose de pronto, y á un tiempo hácia Fon-
 LUISA. { viel.)
- FONV. (Continuando.) El proceso verbal, certificado por las autoridades de la aldea...
- ROB. Yo habia ofrecido grandes recompensas á quien lo descubriera... y en efecto, es él... mi pobre primo! Por supuesto que se harán las cosas en regla. ¡Un monumento grandioso!... (A Fonviel.) Pero no nos detengamos. Es la hora de la llegada del convoy, y vendrán en él mis amigos de Paris.
- LEON. (Con emocion.) ¿Van á llegar?
- ROB. Dentro de un instante. ¿Venis, señor Jacinto? (Andando hácia la izquierda.)
- JAC. Al momento. (Fonviel y Roberto entran en la habitacion de la izquierda. Jacinto finge seguirlos, pero se detiene cuando han desaparecido.)

ESCENA XII.

JACINTO, LEONARDO y LUISA.

- LUISA. (A Leonardo, que dá un paso hácia el fondo.) Quedaos. —¡Temeis que os vean esos señores! ¡temeis sus bur-las!
- LEON. Nada temo ya.
- LUISA. Y sin embargo, queriais evitarlos.
- LEON. Iba á salirles al encuentro.
- LUISA. ¿Para qué?
- LEON. ¿Para qué?... Ya lo sabreis. Tengo mi proyecto...
- LUISA. Y yo, caballero, tengo tambien el mio.
- JAC. (Bajo á Luisa.) Firme.
- LUISA. A pesar de mi inexperiencia, creo que hay en el hombre un género de valor, el mas raro de todos; el de saber, cuando llega el caso, desafiar el ridiculo. La Baronesa y vuestros amigos van á venir.. Sopórtad tranquilamente sus bromas, puesto que despues todo lo mereceis.
- LEON. Y si os obedezco, vos sereis mas tarde la primera á castigarme con vuestro desprecio. El que aspira al honor de llamarse vuestro esposo, no debe sufrir de na-

- die insultos ni desden! (*Dá un paso hácia el fondo.*)
 LUISA. Es la sola prueba de amor que os exijo; pero la exijo...
 ó todo ha concluido entre nosotros. (*Leonardo se detiene y parece indeciso.*)
 JAC. Y bien, ¿qué decides?
 LEON. (*Con resolucion.*) ¡Que vengan! Que se atrevan á reir...
 y veremos. (*Se sienta al lado de la mesa de la izquierda.*)
 JAC. (*Ap.*) Todo se ha perdido. ¿Cómo impedir... á ellos que
 rian, y á él que se enoje? ¡Misericordia! ¡Ya estan
 aqui!

ESCENA XIII.

DICHOS, la BARONESA, LIONEL y varios convidados.

- BAR. Adelante, adelante... Yo soy quien hago los honores.
 LIONEL. ¿Pero Roberto?... (*Los convidados saludan á Luisa.*)
 BAR. Os espera en la biblioteca, y se alegrará mucho de saber vuestra llegada.
 ROB. (*Apareciendo en la puerta de la izquierda.*) Héme aqui.
 TODOS. ¡Roberto! (*Yendo á él y estrechando su mano.*)
 ROB. ¡Mis queridos amigos!... ¡Fieles á vuestra promesa!
 LIONEL. Nos has invitado para una comida...
 ROB. Y asistiréis á una boda: la mia.
 TODOS. ¡Eh!
 ROB. Si, señores, la mia. (*Cogiendo de la mano á la Baronesa y bajando al proscenio.*) Tengo el honor de anunciaros mi matrimonio con la señora Baronesa de Arman, y al mismo tiempo la muerte prematura, y ahora ya reconocida y probada, de mi muy amado primo Leonardo Duclós, á quien todos vosotros conociais.
 LIONEL. ¡Pobre Leonardo! Aun se me hacia difícil el creer...
 (*Leonardo continúa sentado á la izquierda, de espaldas á la escena. Fonviel sale de la biblioteca y se detiene delante de la mesa donde está Leonardo.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y FONVIEL, con un papel en la mano.

- FONV. Aqui está ya el contrato.
 BAR. Veamos. (*Se dirige á la izquierda. Leonardo coge el con-*

- trato de manos de Fonviel y se lo entrega á la Baronesa, que da un grito al reconocerlo.) ¡Ah!*
- ROB. *(Yendo á ella.)* ¿Qué teneis?
- LIONEL. *(Reconociendo á Leonardo.)* ¡Cielos!
- ROB. *(A Lionel.)* ¿Y vos tambien?
- FONV. ¿Qué pasa?
- BAR. ¡Leonardo Duclós!
- TODOS. *(Menos Luisa y Jacinto.)* ¡Leonardo!
- ROB. ¿Pero qué significa?...
- LIONEL. ¡Es él!
- BAR. *(Bajo á Roberto.)* ¡Es él!
- ROB. ¿Quién?
- BAR. Vuestro pariente.
- ROB. *(Riendo.)* ¡Esto sí que es gracioso!... esto sí que... Pues no dicen... ¿Pero y el proceso verbal?
- FONV. ¿Firmado por las autoridades de la aldea?
- TODOS. ¡Jhá... jhá... jhá!
- LEON. *(Dando un paso adelante y mirándolos con descaro.)* Sí, señores: yo soy: miradme: existo todavía.
- LUISA. *(Ap., con temor.)* ¡Dios mio!
- LIONEL. *(A los convidados, riendo.)* Pues y las cartas en que nos anunciaba... ¡Jhá!... ¡jha!... ¡jha!
- TODOS. ¡Jhá!... ¡jha!... ¡jha!
- JAC. *(Ap.)* ¡Oh, amistad! ¡inspirame!
- BAR. ¿Pero cómo se explica?...
- ROB. ¿Si, cómo se explica?...
- JAC. *(Despues de hacer un gesto de inspiracion.)* Voy á deciroslo.
- TODOS. ¿Vos?
- FONV. ¿Tú?
- JAC. Pero antes, sed todos testigos de que he ganado... *(Designando á Leonardo.)* de que le he ganado la apuesta.
- LEON. ¿Cómo?
- JAC. Si, señores: viendo á Leonardo perdido de amor por la señora Baronesa y decidido á conducirla *(Con tono sentimental.)* al pie de los altares, creyendo en su constancia inalterable, eterna;—aposté con él, que tres meses despues de muerto seria completamente olvidado, y lo que es mas, que tendria un sucesor. *(Viendo que la Baronesa quiere tomar la palabra.)* Esperad: un mes apenas ha trascurrido desde que yo mismo esparcí há-

- bilmente la noticia de su muerte, y ya la señora Baronesa ha elegido el reemplazante. (*Nuevo movimiento de la Baronesa.*) Todos lo hemos oído: iba á firmar el contrato de boda: hélo aquí: conque he ganado: sed testigos de ello.
- TODOS. Es verdad.
- LEON. (*Estupefacto.*) ¡Cómo!... amigo mio...
- JAC. (*Con fuerza.*) ¡He ganado! ¡Págame!
- LEON. (*Bajo á Jacinto.*) ¡Oh, nunca podré pagarte lo que has hecho por mí!
- JAC. (*Bajo á Luisa y á Leonardo, sonriendo.*) ¿Es decir, que he trabajado *gratis*? No importa: el torrente detenido por mí, se vuelve hácia ellos... (*Señalando á la Baronesa y á Roberto que discuten en voz baja.*) Mirad.
- ROB. ¡Cómo, Baronesa: no sois fiel!
- BAR. ¿Cómo, señor Roberto: no sois heredero?
- ROB. No; pero eso no importa.
- BAR. ¡Friolera! Perdeis el ciento por ciento de vuestro valor.
- JAC. Intrínseco.
- TODOS. ¡Jhál! ¡jhál!... ¡jháa!...
- ROB. (*A sus amigos.*) ¡Muchas gracias!
- BAR. (*A Jacinto.*) Os habeis portado. (*Jacinto se excusa, encogiéndose de hombros. Los convidados, Roberto y la Baronesa van un poco al fondo.*)
- FONV. (*Colocándose entre Luisa y Jacinto.*) Pero á todo esto, ¿quién compra mi estudio?
- JAC. Yo.
- FONV. ¿Y quién lo paga?
- LEON. Yo.
- FONV. ¿De suerte que mi sucesor?...
- LUISA. Es Jacinto.
- FONV. Y mi yerno....
- LUISA. Es el señor. (*Señalando á Leonardo.*)
- FONV. ¡Es posible!
- LEON. ¿Consentís?
- FONV. (*Con resolucion.*) Si: así, pronto; para poder decir que he hecho siquiera una cosa al vapor.
- LEON. (*Tendiendo una mano á Luisa y otra á Jacinto.*) Luisa... Jacinto... perdonad al difunto Leonardo.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 28 de Mayo de 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Habiendo examinado esta comedia, no halla inconveniente en que se represente en las autoridades.
Madrid 28 de Mayo de 1858.

El Censor de Teatro,
ANTONIO FERRER DEL RÍO.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu victima!

Cada cual ama á su modo.
Cabrión y Pipefet, ó las desgracias
de un portero.

Disfraces, susos y enredos.
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De Cocinero á Ministro.
Diegui y pata de anafe.
¡Dos maridos! qué ventura.

El Chal de cachemira.
El rigor de las desdichas, ó D. Her-
mógenes.

El Héroe de Bailen, *Loa y Corona*
Poética.

El suplicio de Tántalo.

El 24 de Febrero.

El Cadete.

El amor por la ventana.

El destino.

El padre del hijo de mi mujer.

El perro ó yo.

En Aranjuez y en Madrid.

El Dómino y el Montero.

El mejor amigo, un duro.

El amigo del Ministro.

El Charlatanismo.

En el dote está el Busilis.

Es un loco.

El arte de hacerse amar.

Gato por liebre.

Gramática parda.

Isabel I.

La Herencia de un poeta.

La última noche de Camoens (*tra-
gedia*).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estío.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.

No es la Reina!!!

Paulina.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.

Una tempestad dentro de un vaso
de agua.

Una comedia en un acto.

En dos actos.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de París. *Segunda parte.*

El orgullo castigado.

La última conquista.

La codicia rompe el saco.

Los hijos de su madre.

Una conversión en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.

Amante, rival y paje.

A público agravio, pública ven-
ganza.

Adriana Lecouvreur.

Amarguras de la vida.

Antes y después.

Cocinero y Capitan.

Cárlos VII entre sus vasallos.

Celos, despecho y amor.

Conde, Ministro y Lacayo.

Corona y Tumba, ó el reinado de
Sigerico.

Duda en el alma ó el Embozado de

Córdoba.

Dalila.

Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.

El Gran Duque.

El pacto de sangre.

El velo de encage.

El ángel de la casa.

El primo y el relicario.

El árbol torcido.

El Conde de Selmar.

El collar de perlas.

El arenal de Sevilla.

El Caballero de Harmental.

El Cardenal es el Rey.

El Castellano de Tamarit.

El Castillo del Diablo.

El conde de Monte-Cristo. *Primera*
parte.

El conde de Monte-Cristo. *Segunda*
parte.

El conde de Hernan.

El correo de Lion, ó el asalto de la
silla de Pasta.

El escudo de Barcelona.

El hijo del diablo.

El juego de ajedrez.

El sacrificio de una madre.

El sereno de Glukstadt.

El subterráneo del castillo negro.

El genio contra el poder ó el Bachi-
ller de Salamanca.

El mejor alcalde el Rey.

El libro negro.

El Judío errante.

En el crimen vá el castigo, ó la Con-
desa de Portugal.

En 1830.

El difunto Leonardo.

ugenia.
Eulalia.
El egoísta.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judít.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.

La corte del Rey poeta.
Las tres manías, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Ipreto ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Filfredo el Feloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los espositos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los perances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).
Luisa Miller.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda.
Nadie diga de esta agua no beberé.

Oráculos de Talía, ó los duendes de Palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazón de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Vivir y morir amando.
Wilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por Valladolid.
Alumbra á este caballero. (*La música.*)

Cuerzo, pirita y alcohol.

Diez minutos de reinado.
El amor y el almuerzo.
El Grumete. (*La música.*)
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. (*La música.*)
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. (*La música.*)
Los dos ciegos.
La Zarzuela.

La flor de la Serranía.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

En dos actos.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. (*La música.*)

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Cárlos Broschi.)
Catalina.

El sueño de una noche de verano.
El Dominó azul. (*La música.*)
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. (*La música.*)
La Cacería Real. (*La música.*)
La Pasión (drama sacro-lirico).
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor. (*La música.*)